

## LAS MISIONES JESUITAS DE SONORA Y SINALOA, BASE DE LA COLONIZACIÓN DE LA BAJA CALIFORNIA

por Delfina E. LÓPEZ SARRELANGUE

En la literatura de la época, California fue conocida con diferentes designaciones, cada una de ellas correspondiendo a una mentalidad o a una experiencia específica de contenido histórico y aun histórico-legendario.

Entre todas (California,<sup>1</sup> Islas de la Giganta<sup>2</sup> o Carolinas,<sup>3</sup> Punta de Ballenas,<sup>4</sup> Nueva Albión,<sup>5</sup> prevaleció en el uso el vocablo California

<sup>1</sup> Sobre el origen del vocablo California, existen diversas versiones:

a) Corrupción de una palabra dialectal indígena, cuyo significado se ignora.

b) Aglutinación, debida a Hernán Cortes, de las voces latinas *calidus* y *fornax*, horno caliente, como alusión al clima peninsular. La autoridad de Clavijero avala esta versión (Francisco Xavier Clavijero S. J.: *Historia de la Antigua o Baja California*. México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1933, p. 69), aunque el P. Venegas la rechazaba (Miguel Venegas S. J., *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 vols., Madrid, Imprenta de la viuda de Manuel Fernández y del Supremo Consejo de la Inquisición, 1943. I, p. 25).

c) El nombre de un país imaginario, o del que se ha perdido todo rastro identificable.

En la *Canción* de Roldán, el más famoso de los cantares de gesta medievales, se dice:

“... Los romanos, los de Pulla y los de Palermo, y los de África y los de California... (Anónimo, siglo XI)”

El nombre de California vuelve a aparecer en la novela de caballería, prolongación literaria del cantar de gesta. En *Las Sergas de Esplandián*, obra española, su autor, Garci Ordóñez de Montalvo, sitúa toda la acción en determinado paraje:

“...a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal...”

*Las Sergas de Esplandián* se publicaron por primera vez en 1508 y alcanzaron gran popularidad en España, según testimonio del propio Miguel de Cervantes Saavedra (*Escrutinio* que de los libros de caballería hicieron el cura y el barbero en la biblioteca de don Quijote). Seguramente que las hazañas de Esplandián fueron bien conocidas por los españoles que pasaban a las Indias.

Además de lo consignado, el nombre de California tuvo su propia aventura. Al reconocerse su carácter continental y su apéndice peninsular, se reservó el nombre de “Vieja California” para la península, y “Nueva California-” para la región continental. Estas denominaciones,

con mayor rigor técnico, se trocaron por Baja y Nueva California. Al desmembrarse políticamente de México, la porción continental simplemente recibió el nombre de California, en tanto que la peninsular continuó llamándose Baja California, con las yuxtaposiciones de Territorio Norte y Territorio Sur, de acuerdo con sus paralelos geográficos. El 16 de enero de 1952, el Territorio Norte se federó, como Estado Libre y Soberano de la Baja California, a los Estados Unidos Mexicanos.

Falta aún la última etapa del nombre California. Al alcanzar su madurez política, demográfica y social, el actual Territorio Sur ¿cómo habrá de llamarse? Ojalá que entonces se acuda a la justicia histórica y, en testimonio de gratitud, se recuerde a quiénes se debe que California sea de México: el fundador de las primeras poblaciones, y su inspiradora, que dio origen al nombre de la primera capital de la Baja California. En ese caso, el nombre podría ser: Estado Libre y Soberano de Salvatierra-California o Estado Libre y Soberano de Loreto-California.

<sup>2</sup> El ya mencionado Garci Ordóñez de Montalvo, autor de *Las Sergas de Esplandián*, imaginaba a su isla de California “poblada de mujeres negras”, las Amazonas, y con una fauna de espantosos grifos, animales que anidaban en los lugares en que existía oro y plata.

Curiosamente, el mundo amazónico salía al encuentro de Hernán Cortés. Primeramente, a través de Cristóbal Colón, quien, en el relato de su primer viaje, habla de una isla habitada por mujeres armadas. Después, en Las Antillas, Cortés sabe de esas tierras amazónicas por Grijalva y Hernández de Córdoba, quienes son testigos de una isla en que hay numerosísimas deidades femeninas, y de otra tierra en la que únicamente habitan mujeres, por haber partido los varones a una expedición guerrera de la que nunca volvieron. Luego, en las costas del Pacífico, tiene noticias de los mitos indígenas también amazónicos. Primero es Cihuatlán que, según los aborígenes, estaba gobernado por mujeres; después, una isla al noroeste de Colima, gobernada por una mujer de elevadísima estatura. Los españoles recogen y aún aderezan las noticias. La descripción de esa “Giganta” conviene en todo a la “Calafia”, la reina de la California de Esplandián. Según el capitán Gerónimo Márquez, hay: “una población de indios, que los gobierna una mujer, y la reconocen por señora y reina de esta Isla. Es esta mujer como una gigante... tiene muchas sargas trabadas unas con otras... desde la cabeza hasta la cintura, a la cual le muelen muchísimas perlas, y se las dan en las bebidas.”

Agregaban los indios que la Giganta tenía mucha plata extraída de una sierra muy alta – lugar ideal para los grifos de Montalvo– a la que se subía trabajosamente.

El nombre de Isla o Islas de la Giganta desapareció de las cartografías y del uso para designar a California. Pero aún subsiste una huella imborrable: el desarrollo orográfico que precisamente así se denomina: Sierra de la Giganta, bautizada por el padre Kino (Francisco Eusebio Kino S. J. *Favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del gloriosísimo Apóstol de las Indias Francisco Javier*. Publicaciones del Archivo General de la Nación. México, Editorial Cultura, 1913-1922, p. 83.

<sup>3</sup> Los déspotas ilustrados de Carlos III encontraron un halago para el monarca al designar como Isla Carolina o Islas Carolinas a la California. Los jesuitas, tan conocedores y tan verdaderamente interesados en la evangelización de la tierra, ocasionalmente aceptaron tal denominación, posiblemente con la esperanza de despertar la benevolencia del monarca hacia California.

<sup>4</sup> Nunca podrá saberse desde cuándo navegantes y pescadores árticos conocieron la ruta de las ballenas. Lo cierto es que, sabida la migración de estos cetáceos, para el mundo europeo y americano California adquirió un nuevo prestigio de riqueza y, con él, la pretensión de un nuevo nombre: Punta de Ballenas, como se le señala en algunos viejos mapas.

Con clara visión política, los jesuitas señalaban el peligro de una invasión rusa que, justamente, seguiría la ruta de las ballenas.

—del que se afirmaba que se debía a Cortés<sup>5</sup> y al ganar en permanencia legó dos curiosos problemas: ¿Qué significa California? ¿Quién y por qué razón llamó así a esta tierra?

La penetración oceánica que separa la Península de la masa continental, tuvo también una numerosa sinonimia: Mar Bermejo, Mar Rojo, Mar de Cortés, Mar del Oriente, Mar del Poniente, Mar del Sur y, finalmente, Seno Laurentino, en piadosa invocación a la Madona de Salvatierra, la Virgen de Loreto, pacífica conquistadora de las Californias.

En las viejas cartografías, los primitivos cosmógrafos y dibujantes no escatimaron los perfiles que coincidían en considerarla una isla, “la mayor del mundo”, notoriamente dilatada de norte a sur y estrecha de oriente a poniente.

No extraña, ciertamente, la imprecisión cartográfica y, naturalmente, geográfica de California. Lo singular de California en este sentido es que, más que otra región, tipifica la confusión de la época de las exploraciones y grandes descubrimientos.

En el reconocimiento de los litorales y mares californianos, junto con el padecer y la ambición de los exploradores, participan en gran medida los mitos y las leyendas, circunstancia común de las grandes aventuras viajeras del siglo XVI, pero que en California se evidenciaron con una mayor objetividad.

Los descubrimientos ofrecieron también al espíritu humano, como una de sus más deslumbrantes aventuras, la confrontación de las imaginaciones seculares con las realidades físicas que se iban encontrando.

Dos ideas alentaron y, a la vez, entorpecieron la exploración y el conocimiento de California.

<sup>5</sup> Drake, el inquieto pirata, tocó en sus correrías diversos puntos de esa tierra tan imprecisa que era la California. Pretendió estar asombrado de su riqueza y que los aborígenes le habían coronado rey, coronación que, al parecer, se redujo al regalo de tal adorno para la cabeza. Hay que recordar que, por entonces, la institución política de la monarquía estaba bien alejada de las concepciones de los californios; el hecho es que California se consignó con el nombre de Nueva Albión en algunas cartas geográficas, principalmente inglesas.

<sup>6</sup> Cortés, nos dice el P. Clavijero (*op. cit.*, p. 69), llamó a un puerto cercano al cabo de San Lucas, California, nombre que después se extendió a toda la península.

Les dio impulso (como a Orellana en el Orinoco) el deseo de descubrir y dominar las tierras amazónicas. Frenó esfuerzos, sembró desesperanzas y agostó energías el anhelo de identificar la desembocadura del río Colorado con la entrada del “Estrecho de Anián”, la ruta que conducía al oriente.

Tiempos difíciles para Hernán Cortés, en los que sus desventuras eran ciertas, pero no tantas como para que no confiase en la aventura. En las costas del Pacífico y a su bolsa, armó navíos que levaron anclas hacia nuevos infortunios.

La crónica de los primeros navegantes españoles en aguas californianas, bien hubiera podido dar material a un drama de grandes alcances.

Ortún de Jiménez, Diego de Becerra, el propio Hernán Cortés, Ulloa, Alarcón, Vizcaíno, Ortega, Portel de Casanate, Bernal de Piñadero, Lucenilla y Otondo comprobaron, al final de sus intentos, que la empresa de California “fue el lloro y no el oro”.<sup>7</sup>

Cuarenta barcos y dos y medio millones de pesos son muchos barcos y muy numerosos dineros, aun en aquellos tiempos.<sup>8</sup>

California llegó a convertirse en un bien mostrenco, apenas punto de referencia para las navegaciones de la China y proveedor de los cítricos, eficaces para la cura del escorbuto. Bien mostrenco, tanto por real disposición, cuanto porque desde largo tiempo piratas y balleneros y toda una abundante laya de aventureros emprendían independientes correrías por sus mares y sus costas.

El fracaso de la conquista material de California –tan fracasada que ni siquiera puede considerarse iniciada–, preparó una más alta conquista: la conquista espiritual.

Como en las novelas de caballería, California fue obra reservada a caballeros armados con singulares armas, y tocó en suerte el emprenderla aunque no concluirla, a los de la Orden de Loyola.

<sup>7</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 68-80. Kino *op. cit.*, pp. 84-86. Juan Jacobo Baegert S. J. *Noticias de la Península Americana de California*. México, antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1942, pp. 144. *Establecimiento y progresos de las misiones de la Antigua California, dispuestos por un religioso de la Provincia del Santo Evangelio de México*. 1791. Archivo General de la Nación. Historia 21 (1). f. 1-9. Venegas, *op. cit.*, I, pp. 115-169.

<sup>8</sup> Kino, *op. cit.*, p. 339. *Establecimiento y progresos ...*, f. 9.

Fueron estos jesuitas quienes, con exacta sensibilidad, primeramente señalaron la realidad de California, su indestructible unidad – unidad geográfica– con el noroeste mexicano, integrado por Sonora y Sinaloa y su extensión hasta Nayarit.

Asombra la clara objetividad de la realidad jesuita, y valdría la pena confrontar la proyección Durango-Tarahumara-Sonora-Sinaloa y California de sus misiones con los más modernos estudios geopolíticos, vgr. el “hinterland” del puerto de Topolobampo, cuya comarca geográfica, económica y humana coincide con la ruta misional.

Carlos III interrumpió, como es sabido, la conquista espiritual de California, pero no sin que los jesuitas hubiesen definido con apremio y claridad los problemas básicos que, en mayor o menor grado, aún subsisten: precisar la geografía, inventariar su riqueza potencial, poblar y colonizar la tierra, no sólo en los litorales, sino en el interior, y establecer una firme soberanía y un régimen de autoridad capaz.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> La unidad geográfica y económica Sinaloa-Sonora-Baja California fue reiteradamente observada y expresada por los misioneros sonorenses y californianos. En general, esta unidad geopolítica tuvo la atención de todos aquellos interesados en el noroeste mexicano, menos los funcionarios secundarios –a veces, también el virrey– de la corona española, para quienes el impulso colonizador había dejado de ser empresa del imperio para convertirse en empresa mercantil en que cada peso debía redituvar centavos a corto plazo

Los propios filibusteros entendieron esta unidad. Walker y Raousset de Boulbon, al invadir simultáneamente Baja California y Sonora, así lo entendieron. Un Sr. Fleury, agente de Napoleón III, le escribía al emperador sobre la necesidad de que Francia se adueñara de Sonora y de Baja California. La unidad geográfica Sinaloa-Sonora-Baja California se logró en la tercera década de este siglo, al establecerse el tránsito ferroviario. Baja California seguía siendo una isla para México, puesto que su acceso sólo era posible por mar; y por tierra, era preciso pasar a territorio norteamericano.

Salvatierra, Kino y los otros misioneros sonorenses y californianos no fueron, ciertamente, muy crédulos en la riqueza fabulosa de California. De hecho, destruyeron la leyenda; pero, en cambio, quisieron darle a la península una economía orgánica basada en la explotación agropecuaria y, en segundo término, en la actividad pesquera racional.

Frente a esta concepción económica de la California, estuvo el saqueo, primeramente vi-reinal, de aquellos españoles a quienes les interesaban nada más las perlas. Posteriormente, y durante el tiempo en que la Baja California estuvo bajo la soberanía mexicana, más nominal que autoritaria, fue el arca abierta en la que metió mano todo el que quiso: pescadores, balleneros, salineros, etcétera. Como consecuencia de este abandono y desinterés de las autoridades, Baja California llegó a ser propiedad de media docena de gentes.

No tiene ningún valor el pensar en lo que pudo haber sido. Lo cierto es que no solamente heredaron esos problemas las postrimerías del Gobierno Virreinal, sino también, por largos años, el México independiente.

La Orden de Loyola quiso hacer descansar el “complejo californiano” en las misiones de Sonora y Sinaloa, escasas en recursos económicos y abundantes en heroísmo humano.

En gran parte a esa riqueza espiritual se debe que California –por lo menos en su región peninsular– sea tierra mexicana.

### *Objetivos de la Compañía de Jesús en América*

Dos objetivos tuvo la Compañía de Jesús al establecerse en las Indias: uno, el principal, convertir al cristianismo y reducir a la vida política a las naciones bárbaras; el otro, fundar colegios en las villas y ciudades donde pudiese atender al cultivo de las letras y a la educación moral, intelectual y religiosa de la juventud.

Muy poco después de su llegada, apremiados por las peticiones de los vecinos y autoridades de la Nueva España, los jesuitas dieron principio a la erección de colegios. La atención que demandaba esta labor precisó varios años y absorbentes esfuerzos.

### *Colonización del noroeste de la Nueva España*

En tanto, las expediciones españolas abrían nuevos campos a la evangelización y, en ellos, las tres órdenes religiosas que primeramente se asentaron en la Nueva España, lograron algunos frutos. Hacia el norte, el esfuerzo colonizador se agostaba ante dos obstáculos: la largura de las distancias que, naturalmente, disminuía el vigor humano, y la carencia de núcleos culturales capaces de absorber las formas cristianas de la civilización europea. Por ello, existían vastas regiones totalmente inexploradas, o donde la dominación española era precaria. La obra de España en sus posesiones de ul-

tramar se detenía, y bien poco se realizaba en favor de las tribus septentrionales.

Los intereses primordiales que impelían a muchos españoles a adentrarse en áreas desconocidas, estériles o peligrosas se enfocaban, en la mayoría de los casos, hacia la posible explotación de las riquezas naturales. Si algo conoció el indígena del noroeste, en los primeros tiempos, de los invasores, fue la crueldad o la codicia del soldado y la férrea mano, movida por el temor y la desconfianza, de las autoridades que pretendían imponer un orden distinto, una disciplina rígida, incomprensible y aborrecida por los bárbaros.

Para asegurar las ricas minas de Zacatecas, constantemente amagadas, se lanzaron las primeras expediciones contra los nómadas que infligían deplorables daños a las poblaciones cercanas. Roturados ya los caminos, desde mediados del siglo XVI, por Vásquez de Coronado, Rodríguez y Espejo y otros exploradores, algunos triunfos parciales fueron añadiendo nuevos reinos al de la Nueva España.

#### *Las misiones jesuitas en Sinaloa*

Un vasto territorio se abría a la actividad misionera y los jesuitas acudieron prestamente. A partir de 1589, se establecieron en San Luis de la Paz y, avanzando hacia el norte, en Parras, La Laguna y la región de los tepehuanes.<sup>10</sup>

No menos extensos eran los parajes del noroeste de la Nueva España conocidos con el nombre de una de sus tribus: Sinaloa, tierra cálida que, de no ser por los caudalosos ríos que bajaban de la sierra de Topia y desembocaban en el mar de California, hubiera sido inhabitable.<sup>11</sup> Ya en 1563, Francisco de Ibarra, gobernador de la Nueva Vizcaya, había reconocido este territorio y había fundado algunas poblaciones que tuvieron vida efímera.<sup>12</sup> Hasta allá se introdujeron en 1591, por disposiciones del padre visitador Diego de

<sup>10</sup> Gerard Decorme S. J., *La Obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial. 1572-1767*. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1941, 2 vols. II, pp. 5-88.

<sup>11</sup> Andrés Pérez de Ribas S. J. *Historia de los triunfos de Nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*. México, Editorial Layac, 1944, 3 vols. I, pp. 122 y 278.

<sup>12</sup> *Ibid.*, I, pp. 151-153.

Avellaneda y autorización del gobernador de Durango, los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez, quienes se establecieron en el puesto más fronterizo, al que llamaron San Felipe de Sinaloa.

Tres años después, el santo padre Tapia había vertido, a manos de los indios, las primicias de la sangre misionera que tan abundantemente regó el noroeste de la Nueva España.

Resultaba indispensable afianzar cada palmo de tierra. Pero los pobladores no acudían sin el incentivo de las minas o de las tierras fértiles y, por ello, numerosas tribus ya sometidas, o rechazadas con improbos afanes, corrían el peligro de perderse nuevamente. Con todo, la villa de San Felipe no sucumbió. A ella se presentaron un centenar de españoles, indios de las cercanías e, incluso, los ya aculturados de los alrededores, que lograron establecer un débil asiento en la frontera contra los bárbaros.<sup>13</sup>

Los misioneros penetraron en aquel mundo misterioso y henchido de peligros. Cuando se posesionaban de una región, se dirigían a otra más alejada, escalonándose paulatinamente hacia lo desconocido. Así, en forma gradual, sometían y reducían, más o menos pacíficamente, a las tribus del noroeste.<sup>14</sup> Algunas de ellas (*mayos, guazaves, tzoos, nebomes, sisiboris*) de costumbres más domésticas, constituyeron verdaderos modelos de docilidad para otras tribus y aun compartieron los riesgos y auxiliaron en sus empresas a los misioneros.<sup>15</sup> Otras, más inquietas, atacaban y destruían los centros misionales ya fundados.

Desde 1596, los *tepehuanes*, los *acaxées* y los *xiximes* de la sierra de Topia y otras tribus aceptaron congregarse en pequeñas reducciones. En 1605 se convirtieron los *ahomes*, *zuaques* y *sinaloas* y, en 1605, acudieron sin resistencia los *mayos*, a cuyo ejemplo se movieron los *yaquis*, los más osados, numerosos y bravíos de todos los indios del

<sup>13</sup> Decorme, *op. cit.*, II, pp. VIII, 3, 4, 159, 185-215 y 315 ss.

<sup>14</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, pp. 10, 14, Decorme *op. cit.*, II, pp. 150, 186, 345-354.

<sup>15</sup> Vide sobre los *vimas*: Francisco María Piccolo, S. J. *Informe del estado de la cristiandad de California y otros documentos*. Edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus S. J. Madrid, ediciones José Porrúa Turanzas 1962, pp. 5 y 6 e *Itinerario, diario del descubrimiento que hicieron los R.R.PP. Eusebio Francisco Kino y Marcos Antonio Kappus, jesuitas y el alférez Juan Mateo Mange, teniente de alcalde mayor y capitán a guerra de nación pima hacia el poniente*. AGN. Historia 17 (27) f. 164.

noroeste, cuya fiereza y belicosidad requirieron esfuerzos más animosos y perseverantes en la labor de su evangelización.

### *Las misiones jesuíticas de Sonora*

La cristianización de los *yaquis*, efectuada en 1617, abrió las puertas de Sonora. Dejando protegidas las misiones de Sinaloa con una guarnición,<sup>16</sup> en el primer tercio del siglo XVII los jesuitas se abrieron paso entre las naciones gentiles de *nebomes*, *sisibotarís*, *sonoras*, etcétera.<sup>17</sup> Las conversiones de los indígenas de Sonora fueron más rápidas y sólidas, sobre todo entre los *ópatas*, de suerte que, a mediados del siglo, ya podían contarse a orillas de los cuatro ríos de Sonora veintitrés pueblos evangelizados. Más tarde, el padre Kino auspició las misiones de los *seris* y de los *guaymas*.

La pacificación no fue una obra ininterrumpida de éxitos: levantamientos, motines, tormentos y homicidios que llevaron a cabo tribus aparentemente sometidas, señalaron con huellas imperecederas la labor jesuítica de evangelización. Nada fue óbice, sin embargo, para detener el avance de aquellos espíritus heroicos, protegidos por una escolta, ridícula por lo escasa, que descansaban confiadamente en la Providencia y en la fidelidad y el afecto de los neófitos.

### *Organización de las misiones jesuíticas del noroeste*

Atraída una tribu, se erigía la misión, integrada por un núcleo principal (la cabecera) y varios pueblos que le estaban sujetos. Los misioneros residían en las cabeceras y tenían a su cargo por lo menos dos pueblos de visita. Tres o más misioneros dependían de un rector, y un visitador local, nombrado directamente por el provincial de la Compañía de Jesús en Nueva España, vigilaba el territorio de tres o

<sup>16</sup> Decorme, *op. cit.*, II, pp. IX, 41, 177, 180, 185, 193, 315-330. Pérez de Ribas, *op. cit.*, III, pp. 22-32, 96-100, y 138-141.

<sup>17</sup> Francisco Javier Alegre S. J. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*. México, Imp. de J. M. Lara, 1841. 3 vols. II, pp. 32-38 y 92-94.

más rectorías. Por este sistema de firme eslabonamiento entre grupos de condiciones similares, se constituía una Provincia. Así se formó la de Sinaloa y, posteriormente, cuando los jesuitas habían avanzado hacia el norte y las nuevas misiones quedaban muy distantes de las primitivas, se fundó la provincia de Sonora.

La mejor templanza del clima y la fresca ribereña de los ríos, las humedades que favorecen la mayor fertilidad de las tierras procurando más amenos frutos, señalaban las preferencias para el establecimiento de la misión. A su elegido paisaje natural se añadía el paisaje humano: la iglesia como primera fundación, la escuela, las casas para el misionero, los soldados y las familias indígenas. Con premura se emprendía la obra de lo que modernamente llamaríamos infraestructura económica: delimitación de áreas de cultivo, roturación de tierras, apertura de caminos y canales de riego, acopio de ganados y especies vegetales y, junto con ello, la actividad artesanal.

El punto de partida de la actividad misionera era el bautismo de los infantes y, previo adoctrinamiento, el de los adultos.<sup>18</sup> Las iglesias se construyeron con suficiente capacidad y algunas, hermosas.<sup>19</sup> Cerca de ellas funcionaba la escuela de lectura y escritura. (que se impartían en el idioma propio de cada tribu mientras se establecía la nahuatlización),<sup>20</sup> y música. Ya desde el principio se introdujeron en las escuelas músicos mexicanos y cantores tarascos que enseñaban a los neófitos, no sólo el canto, sino el manejo de instrumentos musicales, con tal éxito que en la mayor parte de las misiones de Sinaloa se formaron muy buenas capillas de música<sup>21</sup> y, en algunas, hasta funcionaban órganos.<sup>22</sup>

<sup>18</sup> Decorme, *op. cit.*, II, IX, XIV-XVI, pp. 151, 323, 328, 331, 346-359 y 375-378.

<sup>19</sup> *Apológico defensorio y puntual manifiesto que los Padres de la Compañía de Jesús, misioneros de las provincias de Sinaloa y Sonora, ofrecen por noviembre de este año 1657 al Rectísimo Tribunal y Senado justísimo, de la razón, de la equidad y de la justicia contra las antiguas, presentes y futuras calumnias que la ha forjado la envidia, les fabrica la malevolencia y cada día les esta maquinando la iniquidad.* AGN. Historia 316 (II) p. 373.

<sup>20</sup> En la obra civilizadora de las regiones en las que los dialectos eran muy numerosos resultó más sencillo, al principio, imponer el idioma náhuatl. Este fue el primer paso hacia la castellanización, empresa infinitamente más erizada de dificultades.

<sup>21</sup> *Carta Annua de 1594.* Decorme, *op. cit.*, II, pp. XVI y 331. Cuaderno 2 del Descubrimiento y conquista de Sinaloa. 1602. *Misiones* 25f. 340-349. Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 122.

<sup>22</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 122.

Bien pronto, los indígenas se dedicaron a fabricar, con sus toscos cuchillos, chirimías, flautas, sacabuches, etcétera.<sup>23</sup> Complemento de estas escuelas elementales fueron los pequeños internados que se erigieron en las principales misiones: en Navojoa, para los *mayos*, en Rahum para los *yaquis* y en Mátape para los *ópatas*, en los cuales, la educación, que beneficiaba a dos o tres niños de cada uno de los pueblos dependientes de la misión, era más esmerada.<sup>24</sup>

La organización civil y social presentó dificultades al principio, pero ya desde mediados del XVII, las cabeceras, principalmente las de los *yaquis*,<sup>25</sup> contaban con sus respectivos oficiales de república, a cuyo frente se encontraba un gobernador, regularmente el cacique de mayor autoridad y que contaba con más simpatías entre los indígenas. También se nombraban oficiales de oficios (capitanes, vaqueros, muleros, etcétera).<sup>26</sup>

En general, las casas eran de adobe y pequeñas, pero las de los gobernadores *yaquis* gozaban de una mayor amplitud.<sup>27</sup>

Nos proporciona una clara idea de lo que era el edificio de la misión, célula de estos organismos, la descripción de los de Sinaloa a mediados del siglo XVII: la casa era también de adobe; a ella daba acceso un zaguán que servía de sala de visitas y, a los lados, existían dos aposentos: uno era el dormitorio del misionero y, otro, para algún sacerdote o religioso que se presentase en la misión. (En pueblos más cómodos, el número de aposentos era mayor porque alojaban a los superiores de las misiones que se reunían semestralmente para resolver asuntos relativos al buen funcionamiento de éstas.) Como antepecho para cubrir del sol a la casa, había unos portalillos llamados *ramadas* que, en algunos pueblos, eran de adobe y, en otros, de varas. El conjunto estaba totalmente cercado de adobe.<sup>28</sup>

La misión se convirtió en el centro civilizador por excelencia, el indispensable abastecedor económico, y la más firme muralla contra

<sup>23</sup> *Apologético defensorio*, f. 374, Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 122.

<sup>24</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. XVI.

<sup>25</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 126.

<sup>26</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. XV.

<sup>27</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 126.

<sup>28</sup> *Apologético defensorio*, f. 396v.

las tribus que resistían a la dominación española. Porque no se limitaron los jesuitas a realizar la labor de evangelización, para la que era necesarísimo el conocimiento de las diferentes lenguas de la región del noroeste (a cuyo aprendizaje se dedicaron intensivamente), y a impartir la instrucción elemental (única que a aquellos pueblos podía aprovechar en los principios) sino que, simultáneamente, se dedicaron a ejercer y enseñar los más variados oficios.<sup>29</sup> Ya desde 1592, auxiliaba al padre Gonzalo de Tapia un hermano jesuita que era cocinero, sastre, albañil, carpintero, lavandero, enfermero y hortelano.<sup>30</sup>

En este punto, los misioneros desarrollaron invariablemente laudables esfuerzos por completar su labor educativa, llevando *exproreso* oficiales de artes y oficios que prepararon diestros artífices entre las tribus evangelizadas.<sup>31</sup> En todos los casos hubo de inducirse a los indios al aprendizaje y a una vida política con blandura, para no exasperarlos y para que otros gentiles no tomaran ojeriza a la vida cristiana.<sup>32</sup>

Durante tres días de la semana, los indios cultivaban las tierras de la misión, de cuyas cosechas participaban todos: conversos, soldados, misioneros y hasta los indios gentiles de las cercanías.<sup>33</sup> A los ya reducidos se les concedieron tierras para ellos mismos, junto con las semillas necesarias, hachas y aperos de labranza.<sup>34</sup> La agricultura fue quizá la más extendida; varias especies se introdujeron con positivo éxito. El ganado constituyó una ayuda básica para resolver los problemas de la alimentación y de la indumentaria.

En algunos lugares, la labor fue ruda. El simple hecho de imponer a los indígenas el vestido requirió muy grandes esfuerzos.<sup>35</sup> En otros, como entre los *yaquis*, *mayos*, *tzoes*, *nebomes*, *sisibotaris* y, en general, los *pimas* bajos (labradores y tejedores rudimentarios desde la

<sup>29</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 121. *Apologético defensorio*, f. 371v-372v.

<sup>30</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 153.

<sup>31</sup> *Informe a Su Excelencia por el Padre Miguel Quijano. 1752.* AGN. Historia 17 (4) f. 27v-29.

<sup>32</sup> *Ordenaciones del P. Rodrigo Cabredo para las misiones.* En Pérez de Ribas, II, pp. 252-253.

<sup>33</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. XIX.

<sup>34</sup> *Informe... Quijano*, f. 27v y 29. *Apologético defensorio*, f. 371v.

<sup>35</sup> *Apologético defensorio*, f. 373v.

gentilidad), la tarea rindió mejores y más rápidos frutos.<sup>36</sup> Algunas misiones alcanzaron un alto grado de florecimiento: poblaciones más sólidas, siembras de riego, cría de ganado, etcétera, como las de la Pimería, tan laboriosas y pacíficas que los jesuitas consideraban innecesario que en esa región se estableciesen presidios.<sup>37</sup> A mediados del siglo XVIII, los indios de Sonora levantaban tan buenas cosechas que satisfacían sus propias necesidades y aun podían vender lo sobrante.<sup>38</sup> Culturalmente, las misiones más adelantadas eran las de los *nebomes* altos, en quienes arraigaron firmemente, excepto en un breve periodo (1634), las costumbres cristianas.<sup>39</sup> Los *mayos* levantaron poblaciones en muy buena orden<sup>40</sup> y, en particular, los *yaquis* practicaron un género peculiar de emulación, queriendo sobrepasar a éstos, sus vecinos y antiguos enemigos, y llegaron a constituirse en una forma en la que cuajaron muchos ideales de la evangelización jesuítica; se aficionaron mucho a vestir bien, “tal vez demasiado” y, por ello, a la cría de ovejas; también se interesaron grandemente en la compra y uso de caballos,<sup>41</sup> convirtiéndose en diestrísimos jinetes; llegaron, incluso, a practicar la arriería, conduciendo sus propios productos (especialmente algodón y maíz) a otros sitios.<sup>42</sup> Pero las misiones que, entre todas, llegaron a ser consideradas modelos, fueron las de los *guazaves*.<sup>43</sup>

A pesar de todo, muchas de las misiones tuvieron que sufrir, en diferentes épocas, grandes privaciones. Las de Sinaloa, en el siglo XVII debían completar su alimentación con raíces. Tan frecuentes eran las hambres que había que repartir a los indios el sustento en sus propias casas.<sup>44</sup> Aun en los pueblos de Rahum y Potam, que eran los más numerosos de los *yaquis*, el misionero repartió en un solo partido 672 000 raciones de alimento en cuatro meses del año de

<sup>36</sup> Decorme, *op. cit.*, II, pp. 345-354. Pérez de Ribas, *op. cit.*, pp. II, 10-15, 64, 148 y 179.

<sup>37</sup> Carta de don Agustín de Vildosola al Reverendísimo Padre Provincial Mateo Ansaldo. Septiembre 6 de 1742. AGN. Historia 17 (I) f. 6v. Decorme, *op. cit.*, II, pp. 346-348.

<sup>38</sup> Kino, *op. cit.*, p. 7.

<sup>39</sup> Decorme, *op. cit.*, II, pp. 348-352.

<sup>40</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 15.

<sup>41</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 331.

<sup>42</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, pp. 127 y 148.

<sup>43</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 171.

<sup>44</sup> Alegre, *op. cit.*, II, p. 258. *Apologético defensorio*, f. 371v.

1655.<sup>45</sup> Al año siguiente, se desató en las misiones del norte, además del hambre, una rigurosa epidemia.<sup>46</sup> Todavía en el siglo XVIII debía distribuirse en las misiones de Sonora comida en abundancia a los que trabajaban en ellas, a sus familias, a los enfermos y a los indígenas de tribus no convertidas que acudían en busca de alimento.<sup>47</sup> Pudieron criarse ovejas, vacas y toros; el carnero, con mucha limitación por falta de pastos a propósito. Las aves eran escasas, excepto entre los *pinas* bajos<sup>48</sup> y los *mayos*.<sup>49</sup>

Aunque los jesuitas plantaron algunas parras, en general el vino de la región era de mezcal; el de uvas, usado en la celebración de la misa se traía de otros lugares. También eran escasas las cosechas de trigo.<sup>50</sup>

### *Obstáculos opuestos a las misiones jesuitas del noroeste*

No fue solamente la civilización de las regiones del noroeste, con sus múltiples problemas, la única tarea a que tuvieron que avocarse los jesuitas. La escasez de medios materiales, la incapacidad o resistencia de los indígenas eran condiciones previstas y aceptadas; hasta la quema de las casas e iglesias de la misión, la profanación de objetos sagrados y la muerte de varios misioneros actuaron, en ocasiones, como una poda que proporcionó renovado vigor a las fundaciones jesuitas.<sup>51</sup>

Más desconsoladora fue la lucha, sorda o abierta, pero siempre continua, que muchos españoles sostuvieron contra los religiosos. Excepcionales fueron los capitanes de presidios que secundaron fielmente la obra apostólica. Por lo general, dejaban de lado su obligación de proteger a las misiones dedicando su tiempo y esfuerzos a

<sup>45</sup> *Apologético defensorio*, f. 372.

<sup>46</sup> Alegre, *op. cit.*, II, p. 415.

<sup>47</sup> *Informe... Quijano*, f. 27v-29.

<sup>48</sup> Decorme, *op. cit.*, II, pp. 346-348.

<sup>49</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 15.

<sup>50</sup> *Apologético defensorio*, f. 383-384.

<sup>51</sup> Consulta del Padre Keller al Virrey sobre el alzamiento de la Pimería. 25 de agosto de 1752. AGN. Historia 17 (3) f. 18 v.

enriquecerse mediante el trabajo gratuito de los indios y la venta de frutos y géneros a precios escandalosos. Capitán hubo que, en 1657, encarceló y desterró de la villa de Sinaloa a los misioneros que se oponían a sus desmanes.<sup>52</sup> Estos bajos intereses, que compartían las autoridades civiles locales, se estrellaban frente al paternalismo ejercido por el misionero, contra quien menudeaban las quejas injustificadas y las calumnias. Su fin era el de debilitar la influencia y el prestigio del pastor para devorar a las ovejas.

El principal blanco de las acusaciones eran las supuestas riquezas de los jesuitas, la explotación de minas, el abuso del trabajo personal del indio y el comercio con los productos del colegio de Sinaloa. Respecto del primer punto, conviene recordar que las minas de la región (Indé, Guanacevi, Parral, etcétera) fueron trabajadas por los españoles, y que los jesuitas se opusieron a que en ellas se empleasen indígenas, tanto infieles como conversos, por el perjuicio que se les acarrea.<sup>53</sup> En cuanto el trabajo personal, su producto se aplicaba a favorecer a los mismos indios y a sus familiares. Por último, el colegio era sostenido a expensas de la Compañía y, además, sus fondos debían manejarse en forma independiente, excepto en casos de urgencia, que abundaron a lo largo del siglo XVII, en que el colegio prestó impagables servicios a las misiones y aun a las poblaciones españolas. Épocas de hambre hubo en que el rector autorizó a que cualquiera matase y consumiese sin tasa el ganado del colegio, a fin de remediar el hambre que azotaba a toda región.<sup>54</sup>

#### *Causas de la decadencia de las misiones jesuitas del noroeste*

Los misioneros no dejaban de defenderse y, a su vez, de denunciar los abusos de sus contradictores. En todos los casos lograron demostrar la calidad calumniosa de las acusaciones dirigidas en su contra.<sup>55</sup>

<sup>52</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 210.

<sup>53</sup> *Ibid.*, II, pp. 264 y 265.

<sup>54</sup> *Apologético defensorio*, f. 363-370.

<sup>55</sup> *Vide*, como ejemplos, la amplia representación, de inapreciable valor justificativo, que presentaron en 1657 (*Apologético defensorio*); la información pública levantada en 1666 con

Sin embargo, como no se aplicaban severos castigos al mal comportamiento de los detractores, éstos continuaban sus abusos y depredaciones, y tanto encono llegó a originarse contra los misioneros que, en una época tan temprana como 1639, ya el provincial efectuaba diligencias para entregar las misiones al clero secular, intención que repitió en otras ocasiones.<sup>56</sup>

Complicaba más la situación la índole miserable de muchos de los primitivos pobladores españoles, aventureros, ociosos, ignorantes y ladrones que constituyeron la más pesada carga para las misiones.<sup>57</sup>

En esta forma se dispersaban, como claramente hace observar Decorme,<sup>58</sup> las energías que debían haberse aplicado íntegramente al desarrollo de la misión.

Los malos tratamientos de los españoles obligaron frecuentemente a los indígenas a abandonar las poblaciones en que el misionero había logrado reducirlos.<sup>59</sup> Por otra parte, a medida que los españoles fundaban haciendas o estancias, ingenios y minas, los indios acudían a ellas para emplearse.<sup>60</sup> Muy particularmente se cita el caso de los *yaquis*, que eran excesivamente afectos a recorrer otras regiones.<sup>61</sup>

testigos fidedignos españoles e indígenas, que les fue totalmente favorable (*Diligencias promovidas en San Juan Bautista de Sonora ante el general don Pedro Francisco Sastollón, alcalde mayor y capitán a guerra de dicha Provincia por el Padre Marras*. AGN. Historia 316 (17); la defensa de los misioneros de Sonora en 1752 (*Informe... Quijano*) y el litigio que se llevó a cabo entre 1734 y 1740, en el que la Audiencia de Guadalajara sentenció, absolviéndolos de los cargos de los gobernadores de la Nueva Andalucía (Decorme, II, pp. 332-334). Este reino de la Nueva Andalucía, de duración efímera, estuvo integrado con las cinco provincias de Sinaloa, Rosario, Culiacán, Ostimuri y Sonora (Resumen de noticias [*sobre la Provincia de Sonora*]. AGN. Historia 17 (26), f. 158v. y Decorme, II, pp. 263 y 332).

<sup>56</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 205.

<sup>57</sup> Un ejemplo muy gráfico se ofrece en el informe presentado por los jesuitas de la villa de Sinaloa, a mediados del siglo XVII, defendiéndose de las acusaciones de los españoles, cuyo pésimo ejemplo y falta de principios morales y religiosos y aun del más mínimo respeto a los misioneros constituyó el obstáculo más serio para el progreso de la misión (*Apologético defensorio*).

<sup>58</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 205.

<sup>59</sup> *Apologético defensorio*, f. 363v.

<sup>60</sup> Decorme, *op. cit.*, II, pp. 210, 211 y 280. Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, pp. 25-27. François Chevalier "La formación de los grandes latifundios en México". *Problemas agrícolas e industriales de México*. vol. III, núm. 1. México. Problemas Agrícolas e industriales de México, 1956.

<sup>61</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 27. Decorme, *op. cit.*, II, p. 341.

La orden de las autoridades para que los indios *sobaipuris* despopularan sus tierras, que eran muy fértiles, ocasionó un gran perjuicio para la Pimería porque quedó sin defensa, así como la mayor parte de Sonora, frente a los ataques de los *apaches*. Ya hacia 1764, éstos habían desolado casi totalmente las misiones de la Pimería del norte.<sup>62</sup>

Las epidemias, el mestizaje, la insuficiencia de religiosos para atender el gran número de misiones fundadas,<sup>63</sup> la entrega de los pueblos pertenecientes a ellas, ya debidamente desarrollados, a los clérigos seculares, la falta de pago de las pensiones reales, las muertes de algunos padres en la Pimería que detuvieron el envío de más misioneros desde España, la decadencia de algunas fincas pertenecientes a las misiones y, sobre todo, las sublevaciones de los indios del noroeste, aun de los más fieles, que en el siglo XVIII se sucedieron unas a otras, fueron importantes causas de la decadencia de las misiones jesuitas.<sup>64</sup> Cuando se llevó a cabo la expulsión de los dominios españoles de los miembros de esta Orden, el noroeste quedó en viva insurrección y las aldeas arruinadas y abandonadas.<sup>65</sup>

#### *Base económica de las misiones jesuitas de Sonora y Sinaloa*

Resulta verdaderamente asombroso que el logro obtenido en estas regiones se hubiera llevado a cabo con medios muy escasos de subsistencia y que, en resumen, se reducían a la pensión (el *situado*) concedido desde 1592 por el rey a cada misionero para su mantenimiento, y a los sueldos de los encargados del presidio (donde lo había) que protegía a las misiones de las incursiones de las tribus no sometidas.<sup>66</sup> Otra limosna, limitadísima, era la que el rey cedía para

<sup>62</sup> Carta del Padre Manuel de Aguirre al señor teniente coronel don Juan de Pineda. Marzo 20 de 1764. AGN. Historia 17 (12), f. 93v.

<sup>63</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 280.

<sup>64</sup> Resumen de noticias, f. 159v 161v. Decorme, *op. cit.* II, pp. 334-340. Carta del padre Juan Lorenzo Salgado al teniente coronel, gobernador y capitán don Juan Claudio de Pineda. 27 de octubre de 1762. AGN. Historia 17 (II), f. 91v Consulta del Padre Keller. Alegre, *op. cit.*, II, pp. 244-246.

<sup>65</sup> Sobre este punto vide el importante estudio de Elena Galaviz: *Las rebeliones indígenas del noroeste de la Nueva España en Clásicos de la Reforma Agraria*. México, ediciones de la Confederación Nacional Campesina, 1968.

<sup>66</sup> Decorme, *op. cit.*, II, pp. 153-172.

herrar las mulas que los misioneros debían de utilizar forzosamente en aquellos fragosos caminos.<sup>67</sup>

No fue muy puntual ni espléndida la corona española en sus socorros a los misioneros, como se advierte en la real cédula de 6 de abril de 1594 en que, con una minuciosidad más ruin que generosa, ordenaba que se proveyera a los misioneros enviados a Topia y Sinaloa de lo necesario para su pasaje, vestido y alimento desde Sevilla hasta su destino.<sup>68</sup>

Gastaban los misioneros esa limosna en conducir oficiales y artífices para la enseñanza indígena, en alhajar las iglesias y en suplir todas las necesidades de la misión.<sup>69</sup> Tan poco se solicitaba del rey que las negociaciones de Juan Fonte con el gobernador de Guadiana para entrar a adoctrinar a los indios del noroeste en 1608, se establecían sobre la base de que el virrey cediera únicamente dos mil ovejas, el mismo número que ya se había repartido a los indios con anterioridad.<sup>70</sup> y, sin embargo, ya desde 1602, los oficiales reales interponían quejas porque las misiones imponían gastos a la corona y no le producían ingresos de ninguna clase.<sup>71</sup>

De su propio peculio, la Compañía de Jesús estableció en la villa de Sinaloa un colegio que fue el núcleo, la esencia y la base de sustentación de la provincia. Su fundación obedeció a la necesidad de cultivar las mentes y adoctrinar a los españoles, a quienes servían los jesuitas, con muy escaso éxito por cierto, en cuantos menesteres se ofrecían, y a la de consolidar las misiones.<sup>72</sup>

Para acudir a estos fines, el colegio poseía unas tierras en que cultivaba maíz, frijol y calabaza;<sup>73</sup> pero la principal dotación era un rancho de ganado que, hacia 1639, constaba de 8 000 cabezas y que con el tiempo, fue creciendo. La carne de este ganado proporcionó

<sup>67</sup> *Apologético defensorio*, f. 393.

<sup>68</sup> *Cédula real para pasar a la provincia de Topia y Sinaloa*. Apéndice IV. En *Relación Breve de la venida de los de la Compañía de Jesús a la Nueva España. Año de 1602*. Prólogo, notas y adiciones de Francisco González de Cosío. México, Imprenta Universitaria, 1945, f. 104.

<sup>69</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 122.

<sup>70</sup> *Cédula de S. M. para que se de todo lo necesario a los padres de la Compañía de Jesús, de Sinaloa, Topia y La Laguna. 1608*. Apéndice IV. En *Relación Breve*. pp. 105 y 106.

<sup>71</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 175.

<sup>72</sup> *Apologético defensorio*, f. 389.

<sup>73</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 209.

el socorro necesario para las misiones y los pobladores españoles, pues hasta el último tercio del siglo XVII no se establecieron haciendas en las cercanías. Sin la limosna del colegio, las misiones no hubieran podido subsistir. Por eso se afirmaba, con justicia y a la letra, que la carne del ganado del colegio había sido la carne de toda la obra misional.<sup>74</sup>

No fue sino hasta 1674 en que se ofreció a las misiones de la Compañía de Jesús un legado de cierta importancia. En este año, el capitán Alonso Fernández de la Torre cedió a los jesuitas un ingenio y varias haciendas de ganado mayor con la condición expresa de que habían de servir para la fundación de dos misiones entre gentiles, una de ellas en Sonora y la otra en Sinaloa. Si bien la donación padecía un gravamen de \$ 86,000.00, fue aceptada por la Compañía; pero durante mucho tiempo no se hizo efectiva a causa de un litigio que se suscitó y que estaba irresoluto todavía a mediados del siglo XVIII.<sup>75</sup>

### *California, último mito medieval*

Las numerosas expediciones a la Baja California dejaron al descubierto la irrealidad de los mitos medievales.

Durante algún tiempo, sólo se exploraron las costas, y porque en ellas las condiciones eran más favorables, y porque los primeros expedicionarios pretendían disfrazar sus fracasos,<sup>76</sup> las riquezas que se decía que ocultaba California continuaban siendo blanco de ambiciones y codicias. También algunos jesuitas contribuyeron a mantener tales creencias, aunque por razones diferentes. Su fervor apostólico, que se traducía en auténtico entusiasmo o benevolencia, por una parte y, por la otra, el ansia de despertar el interés para que se pudiese llevar a cabo la empresa de evangelización, pintaban aquellas tierras con colores atrayentes.

El padre Jacinto Cortés, primer jesuita que arribó a California en 1642, hablaba ya de la enorme extensión de la tierra, y de la manse-

<sup>74</sup> *Apologético defensorio*, f. 389.

<sup>75</sup> *Diligencia promovidas*, f. 464.

<sup>76</sup> Venegas, *op. cit.*, I, pp. 41-42.

dumbre y actitud amistosa de los indígenas.<sup>77</sup> Con ojos amorosos, Kino y Piccolo se referían a los valles amenos y fértiles, la temperatura benigna y templada, la abundancia de parras silvestres, raíces y pastos propios para el ganado, la fauna variada y numerosa y el maravilloso rocío, el bíblico maná que suplía, en algunos lugares, a la lluvia, y en otros se cristalizaba azucarado. Con entereza reafirmaban la existencia de ricos placeres de perlas y de numerosas salinas, y apuntaban la posibilidad de encontrar minas de oro y de plata.<sup>78</sup>

Pero cuando, lentamente y con grandes dificultades, se logró adentrarse en la península, se contó ya con un conocimiento más completo de la calidad de las tierras y de su potencial económico. Piccolo mismo, al avanzar hacia el norte, tenía que confesar la general esterilidad y los fríos que imperaban en esas regiones.<sup>79</sup>

Con acentuado realismo, y un poco a la defensiva porque las calumnias se cernían de nuevo sobre la Compañía, escribieron Venegas, Clavijero y, sobre todo, Baegert. Sin negar las cualidades positivas de la península en las costas y la región austral, coincidían en la terrible aridez y sequedad de la tierra, que se agudizaba conforme se adelantaba hacia el norte, la exigua existencia de minas y la pobreza de la vegetación.<sup>80</sup> Y sobre todo esto, la maldición de una tierra tan pedregosa que hacía suponer que en el septentrión de la península había caído un diluvio universal de piedras.<sup>81</sup>

De la población indígena, reducida a tres tribus principales: *pericúes*, *guaycuras* y *cochimés*, se comprobó que había permanecido sin excepción en el nivel de recolectores, cazadores y pescadores, diezmada por el hambre que la obligaba a una ociosidad involuntaria y a continuadas correrías en busca de alimentos, los cuales se concretaban, a veces, a toda clase de inmundicias.<sup>82</sup> Sin casas, sin cerámica, casi sin indumentaria (excepto entre los *pericúes*), sin gobierno, ni

<sup>77</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, p. 243.

<sup>78</sup> Piccolo, *op. cit.*, pp. 58-68. Kino, *op. cit.*, pp. 208-212.

<sup>79</sup> Piccolo, *op. cit.*, pp. 188, 189 y 207.

<sup>80</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 16, 24-26 y 32-43. Venegas, *op. cit.*, I, pp. 41-44. Clavijero, *op. cit.*, pp. 4-9 y 31.

<sup>81</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 5.

<sup>82</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 6, 32, 48, 64 y 70.

policía ni religión,<sup>83</sup> tales tribus sólo podían despertar la compasión y la caridad de los misioneros.<sup>84</sup>

Este panorama geográfico y cultural se sintetizaba en unas desoladas palabras del padre Baegert:

Todo lo concerniente a California es tan poca cosa que no vale la pena alzar la pluma para escribir algo sobre ella. De miserables matorrales, inútiles zarzales y estériles peñascos; de casas de piedra y lodo, sin agua ni madera; de un puñado de gentes que en nada se distinguen de las bestias sino fuera por su estatura y su capacidad de raciocinio ¿qué gran cosa, qué puedo decir?<sup>85</sup>

### *Las viejas y las nuevas razones para colonizar California*

La adquisición de oro y de perlas fueron las esperanzas que alentaron a algunos españoles a volver a Baja California.<sup>86</sup>

Las perlas, de las que ya se habían obtenido algunas muestras de valor desde los primeros tiempos, continuaron siendo el principal aliciente en la conquista y colonización.

A fines del siglo XVI se descubrieron algunos ejemplares, lo que estimuló a los habitantes de Nueva Galicia, Culiacán y Sinaloa a bucear en las costas de California<sup>87</sup> y, a partir de 1615 en que se logró un número mayor, el buceo se continuó desde Chiametla.<sup>88</sup> El mismo Bernal de Piñadero trocó la obligación que se le había im-

<sup>83</sup> Piccolo, *op. cit.*, pp. 63 y 64. Clavijero, *op. cit.*, pp. 46 y 51. Baegert, *op. cit.*, pp. 99, 101, 119.

<sup>84</sup> De esta gente decía Baltazar de Obregón que era "... la más rústica, deshonesta, sucia, vil y villana que se ha visto ni descubierto en las Indias." *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España. 1584*. México. Depto. Editorial de la Secretaría de Educación Pública, 1924. p. 925.

<sup>85</sup> En este caso, como en el de muchos autores de aquella época, la palabra *bestial* no es usada con la significación de falta de inteligencia sino, simplemente, de policía y educación. Baegert lo confirma más adelante llamándolos explícitamente seres humanos hijos de Adán que, con educación superior, podrían equipararse a los europeos. Baegert, *op. cit.*, pp. 3 y 109.

<sup>86</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 144.

<sup>87</sup> Obregón, *op. cit.*, p. 227. *Establecimiento*, f. 6. Clavijero, *op. cit.*, p. 34.

<sup>88</sup> *Establecimiento*, f. 6. Clavijero, *op. cit.*, p. 76.

puesto de poblar la tierra, por una intensa búsqueda de perlas.<sup>89</sup> La base de este interés residía en una especie muy difundida, según la cual la joya más preclara de la corona de España era una perla pescada por un *yaqui* en las cercanías de Loreto.<sup>90</sup>

Pero el provecho que podía resultar de esta fuente de riqueza no era tan lucrativo como se había supuesto. Los californios no mostraban aprecio sino por los ostiones, como alimento,<sup>91</sup> y arrojaban o maltrataban las perlas.<sup>92</sup>

En realidad, las encontradas en las costas de California frecuentemente eran deformes y escaseaban<sup>93</sup> durante algunas épocas cada vez más agudamente, excepto cerca de la misión de San Ignacio, donde se logró reunir una cantidad considerable entre 1740 y 1744.<sup>94</sup> Baegert relata que a su misión llegaban regularmente en el verano una docena de españoles miserables, casi todos soldados jubilados, en pequeñas canoas, para bucear, con un éxito bastante mediano y, a veces, nulo. Y aún había que separar de las ganancias obtenidas, el quinto que, por ley, pertenecía a la real hacienda.<sup>95</sup>

Ahora bien, aunque los jesuitas no impedían a los forasteros la pesca de perlas, si se opusieron a los desmanes de los buzos<sup>96</sup> y la vedaron muy severamente a los indígenas, por el peligro a que se exponían<sup>97</sup> y, a los soldados, por temor de que la codicia los empujara a maltratar a los neófitos. Y, en vista de las calumnias dirigidas a los misioneros, los superiores acabaron por prohibir, no sólo la pesca, sino aun su compra en las misiones.<sup>98</sup>

<sup>89</sup> *Establecimiento*, f. 7v.

<sup>90</sup> *Las perlas de la Baja California*, México. Edit. Vargas Rea, 1959, p. 8.

<sup>91</sup> Es curioso advertir que todavía a fines del siglo XIX los buzos en el golfo de California eran, en su mayoría no indios californios, sino yaquis de Sonora. *Las perlas*, p. 12.

<sup>92</sup> Constantino Bayle S. J. *Historia de los descubrimientos y colonización de los P. P. de la Compañía de Jesús en la Baja California*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1933. pp. 193 y 194.

<sup>93</sup> El almirante Otondo, en 1683, certificó con firmas de varios testigos que las perlas eran bastante escasas en la Baja California. Bayle, *op. cit.*, p. 156.

<sup>94</sup> *Establecimiento*, f. 6. Clavijero, *op. cit.*, p. 34.

<sup>95</sup> *Op. cit.*, p. 59.

<sup>96</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 196.

<sup>97</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 244 y 245.

<sup>98</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 198.

Se confió en que la abundancia perlífera y minera moviera el interés colonizador.<sup>99</sup> Sin embargo, fueron realidades amargas, y más acerba la minera que resultó casi inexistente, por la pobreza –excepto en dos de las minas– de sus metales. A esto debía añadirse la obligada separación del quinto real. Por otra parte, siendo tan cortos los recursos de la tierra, la utilidad de la corona de hecho se reducía a estos renglones: los dos quintos de las perlas y de las minas.<sup>100</sup>

Nuevos alicientes se concretaron al conocerse la existencia de ballenas en las costas y del ámbar que podría disfrutarse, pero se desvanecieron rápidamente.<sup>101</sup>

Mayor realismo y utilidad inmediata era el amparo de la nao que, procedente de la China, retornaba a la Nueva España con un riquísimo cargamento, pero falta de víveres y colmada de enfermos. Piratas de distintas naciones, que habían descubierto las espléndidas posibilidades que les brindaba la ubicación de California, se apostaban en las cercanías al acecho de la presa.<sup>102</sup> Ya en 1606 se ordenaba que se localizase un puerto en que la nao pudiera ampararse.<sup>103</sup> Salvatierra y Pícolo se ofrecían a buscarlo,<sup>104</sup> y el padre Ugarte perseverantemente se dedicó a esta faena, cuyo mejor logro fue la ampliación de los conocimientos geográficos de las costas y de las islas.<sup>105</sup> El interés naviero resultó de tal importancia, que algunas expediciones de exploración o de población suspendieron su objetivo a fin de convoyar al galeón hasta Acapulco.<sup>106</sup>

Todavía en 1737 se insistía en la búsqueda del puerto. Tres años antes, el auxilio que en las misiones recibió la nao impidió que todos sus tripulantes perecieran. Era fácil advertir que sin el refugio conveniente, el hambre, las enfermedades y los piratas darían buena cuenta de la nao, de las perlas y del territorio mismo.<sup>107</sup>

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 196. *Informe del padre Rodero, 1737*. En Piccolo, *op. cit.*, p. 202

<sup>100</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 63. Bayle, *op. cit.*, p. 147.

<sup>101</sup> Obregón, *op. cit.*, p. 225.

<sup>102</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 164.

<sup>103</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 74.

<sup>104</sup> Kino, *op. cit.*, p. 87. Piccolo, *op. cit.*, p. 8.

<sup>105</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 125 y 150-155.

<sup>106</sup> *Establecimiento*, f. 7-8v. Clavijero, *op. cit.*, p. 76.

<sup>107</sup> *Informe del padre Rodero*, en Piccolo, p. 299. Venegas, *op. cit.*, II, pp. 283-286.

*Los hombres hostiles*

Comenzó entonces una doble lucha, tesonera y desesperada, a fin de, por una parte, convencer del bien espiritual y material que reportaría al virreinato la civilización de California, interesando a la corona y a los novohispanos en ella y, por la otra, dotar a las nuevas tierras con las necesarias fuentes de vida.

Prohibidas ya las expediciones por el Consejo de Indias en 1686, la empresa había quedado suspendida por incosteable y peligrosa.<sup>108</sup>

No pensaba de igual modo el padre Kino. Consideraba la colonización posible y sencilla con sólo que se tuviera muy presente la eterna salvación de los californios y se llevara, ante todo, una buena provisión de “paciencia, benevolencia y perseverancia”.<sup>109</sup>

Palpitaba un amor vehemente hacia los californios en Kino, cuya vida parecía no tener más meta que el bien de estas almas mansas y desvalidas. Mientras trabajaba activamente en la labor que la Compañía le había encomendado en otras misiones, Kino insistía en la necesidad de llevar a buen término esta empresa. Él inflamó los corazones de los misioneros de los tepehuanes y Sinaloa en favor de California,<sup>110</sup> muy especialmente el del visitador de Sonora y Sinaloa, el padre Salvatierra, quien renunció al rectorado del colegio de Guadalajara<sup>111</sup> y, posteriormente, a la más alta jerarquía de la Compañía de Jesús en la Nueva España, a fin de tener desembarazado de obstáculos el camino hacia la California.<sup>112</sup> El padre Piccolo se sentía igualmente obsesionado. Los tres dedicaron toda su vida, a partir de la fecha en que decidieron la evangelización de los californios, a facilitar esta obra.

El padre Ugarte y el hermano Jaime Bravo fueron también batalladores infatigables y humildes, y los padres Tamaral y Carranco

<sup>108</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 123.

<sup>109</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 145.

<sup>110</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 82.

<sup>111</sup> Kino, *op. cit.*, p. 131.

<sup>112</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 126. Baegert, *op. cit.*, p. 153.

dejaron pleno testimonio de su amor a los indios derramando su sangre por aquellos que los martirizaron ferozmente.<sup>113</sup>

Increíblemente obstinado fue el afán con que Salvatierra solicitó el permiso necesario para emprender la civilización de la California. Todas las autoridades civiles y religiosas, aun las de la Compañía de Jesús, se manifestaban contrarias a su propósito. Pero aquella constancia que no conoció el desaliento ni la cobardía, y aquella generosidad sin límites, triunfaron finalmente. En 1696, la Audiencia de Nueva Galicia dio su autorización, y la Compañía relevó a Salvatierra de todos sus cargos para que íntegramente dedicara su tiempo y energías a la obra civilizadora de California.<sup>114</sup>

Las proposiciones de Salvatierra de encargarse de todos los gastos y de tomar posesión de la tierra en nombre del rey, vencieron la oposición del virrey.<sup>115</sup> Con tal garantía, éste ordenó que se pusiera a disposición del misionero un barco, entonces surto en Acapulco, y permitió, además, que llevara soldados para su protección.<sup>116</sup>

Debió de haber sido de gloria para los misioneros aquel día del año de 1697 en que Salvatierra zarpó rumbo a su amada California. La empresa estaba en sus manos y la “paciencia, benevolencia y perseverancia” recomendadas por Kino no le faltaron jamás. Pero la obra misional requería múltiples inversiones y hubo que derrochar tiempo, elocuencia y energías para lograr lo necesario.

Los virreyes siguieron una pauta de conducta, de la que excepcionalmente se apartaron, manifestando su antipatía a las misiones de California.<sup>117</sup> Cuando Salvatierra dio cuenta de la pobreza que padecían, el virrey se limitó a recordarle secamente que el permiso para la colonización se había concedido con la condición de que los jesuitas la tomaran a su cargo, sin tener en cuenta, nos dice Baegert,

<sup>113</sup> Piccolo, *op. cit.*, pp. 995-297.

<sup>114</sup> *Establecimiento*, f. 9v-10. Clavijero, *op. cit.*, p. 83. Baegert, *op. cit.*, p. 145. Kino, *op. cit.*, pp. 5 y 23.

<sup>115</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 131.

<sup>116</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 85-87. *Establecimiento*, f. 10v-11. Baegert, *op. cit.*, p. 145.

<sup>117</sup> Cuando el virrey duque de Linares, conmovido por el cúmulo de desgracias que se habían cernido sobre las misiones californianas, les donó \$ 9009, lo hizo como simple particular. Clavijero, *op. cit.*, pp. 119 y 135.

que eran distintas empresas la toma de posesión de un país y la consolidación de dicha posesión.<sup>118</sup> y sobre la conciencia del arzobispo-  
virrey Vizarrón debió pesar, en buena parte, la responsabilidad de la muerte de los padres Carranco y Tamaral, por negarse a aumentarles la escolta.<sup>119</sup>

Corría parejas con la enemistad del virrey, el tortuguismo de los oficiales reales que, a pesar de las múltiples instancias, desobedecían flagrantemente las órdenes reales para el auxilio de las misiones, o retrasaban y escatimaban hasta el máximo su cumplimiento al amparo de diversos pretextos.<sup>120</sup> Por lo demás, este hecho no era privativo de las misiones de California: el procurador de las misiones jesuitas en Madrid se quejaba de que era raro el año en que los misioneros lograban cobrar por entero la ayuda ordenada por el rey.<sup>121</sup>

A su turno, la Audiencia de la Nueva España, que en sitios anteriores había suplicado a la Compañía que se encargase de la conquista de California, mostraba ahora una absoluta indiferencia.<sup>122</sup> Las calumnias e intrigas contra los jesuitas se esparcían por doquiera y hubo que luchar denodadamente por establecer la verdad. El Consejo de Indias declaró en 1755 conveniente para los intereses de la Monarquía, la continuación de los jesuitas al frente de las misiones y la duplicación del número de operarios, protegidos adecuadamente en las de Sonora y Sinaloa confinantes con naciones gentiles. Sin embargo, la insidia llegó a tal extremo que, en 1776, el provincial presentó renuncia formal del centenar de misiones que tenía a su cargo, señaladamente las de California, ofreciéndose a misionar en otras regiones. Y por semejantes razonamientos, también rechazó al año siguiente un cuantioso legado (equivalente casi al total del fondo que por entonces pertenecía a California) que la señora Josefa Ar-

<sup>118</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 149.

<sup>119</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 158.

<sup>120</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 109. Piccolo, *op. cit.*, pp. 9, 10, 38. Baegert, p. 161.

<sup>121</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 145.

<sup>122</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 81 y 98. Baegert, *op. cit.*, p. 144. *Establecimiento*, f. 8v-9.

güelles había cedido a las misiones y al colegio jesuita de Guadalajara.<sup>123</sup>

No menos desafectos se mostraron algunos soldados. Salvatierra había previsto que la autonomía del presidio significaría el entorpecimiento de la labor civilizadora, como había sucedido en Sonora y Sinaloa.<sup>124</sup> Por tal razón, el virrey había ordenado que fuese facultad del misionero el nombramiento y la remoción de aquellos soldados cuya desarreglada conducta lo ameritase. Efectivamente, las calumnias se cernieron también sobre California. Al año siguiente de haber desembarcado, ya los soldados, resentidos porque los jesuitas les impedían la pesca de perlas, afirmaban que la empresa era una temeridad,<sup>125</sup> y fue posible comprobar la sabia determinación de Salvatierra, al establecerse un nuevo presidio en San José del Cabo con total independencia de las misiones. Fueron tantos los desórdenes y quejas, que el virrey hubo de ordenar prestamente que se pusiese bajo la dependencia de los jesuitas.<sup>126</sup>

La lucha armada contra los indios no fue general ni permanente. Al contrario, la mansedumbre de los californios se mantuvo casi inalterable. Pero el misionero de California se enfrentaba con frecuencia a la muerte,<sup>127</sup> y el martirio floreció también.

### *La lucha contra el medio*

En cuanto al vencimiento del medio, el primer problema que había que enfrentar era el de la alimentación. Sin ella asegurada, no era posible estabilizar las poblaciones. Se tuvo, pues, que aprovechar la poca agua existente a base de increíbles esfuerzos. Y, en ocasiones, la agobiadora labor resultó infructífera, al grado que en algunas misiones no fue posible cultivar un minúsculo jardín. (Loreto misma

<sup>123</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 200, 228 y 229.

<sup>124</sup> Venegas, *op. cit.*, II, pp. 169-177. Clavijero, *op. cit.*, p. 118.

<sup>125</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 150. Clavijero, *op. cit.*, p. 97. Venegas, *op. cit.*, II, pp. 179-181.

<sup>126</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 191.

<sup>127</sup> *Ibid.*, p. 122.

no contaba con agua corriente ni estancada: era preciso cavar en la arena para extraer un poco del preciado líquido).

En algunos parajes se construyeron presas; en otros, el agua se condujo por canales angostos contruidos de piedra y mezcla o tallados en la roca viva; en otros más, se reunieron en un depósito común los pequeños escurrimientos procedentes de varios sitios.<sup>128</sup>

Después, hubo que arrancar al suelo todos los recursos posibles, y aunque no se dejó sin sembrar un solo pedazo aprovechable, los rendimientos no bastaron a cubrir las necesidades misionales.<sup>129</sup>

No todas las especies que los misioneros trasplantaron llegaron a aclimatarse; pero donde la humedad lo permitía, se cosecharon variadas hortalizas y árboles frutales (higos, naranjas, limones, granadas, plátanos, olivos y palmeras datileras), maíz, frijol, trigo, garbanza, calabaza y, en tres misiones, arroz; en dos, caña de azúcar y, en otras, un poco de algodón; cinco se enorgullecían de sus uvas dulcísimas. Pero todo ello en escasas cantidades, excepto el trigo que se cosechaba abundantemente, aunque en unas cuantas regiones. El mayor rendimiento lo proporcionaban el higo y la parra. Con todo, no era buen vino el que procedía de las misiones californianas: la falta de cuevas húmedas y sombreadas, de toneles adecuados y de cuberos expertos ocasionaba que la mitad degenerase en vinagre. Ni siquiera los 10 o 15 cántaros con vino para celebrar misas que periódicamente se enviaban a Sonora y Sinaloa, arribaban en buen estado.<sup>130</sup>

A la mísera condición del suelo había que añadir otras calamidades. Las siembras estaban sujetas a frecuentes plagas, la langosta, la peor de todas. Algunas funestas epidemias, sobre todo la disentería, y la presencia de un huracán que, en 1717, destruyó casas, diques y sementeras completa este cuadro de resistencia y aun de oposición del medio ambiente, que producía, por lógica consecuencia,<sup>131</sup> ham-

<sup>128</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 32, 158, 175 y 176. Clavijero, *op. cit.*, p. 123.

<sup>129</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 156 y 176.

<sup>130</sup> Piccolo, *op. cit.*, pp. 55 y 61 Clavijero, *op. cit.*, pp. 15 y 107. Baegert, *op. cit.*, pp. 33, 176 y 177.

<sup>131</sup> Establecimiento, f. 140, 144 y 155. Clavijero, *op. cit.*, pp. 15, 30, 140 y 148. Venegas, *op. cit.*, II, pp. 211 y 212.

bres continuas que no bastaban a aplacar los recursos marítimos, también insuficientes o nulos en varias de las misiones.

Las necesidades, que se multiplicaban a medida que se fundaban más y más misiones, eran tales, que Baegert prorrumpía amargamente diciendo en su estilo gráfico y rotundo:

Querer sembrar y cultivar las subsistencias de la vida en estos terrenos resultaría igual a querer desteñir la cabeza de un moro y perder tiempo y trabajo.<sup>132</sup>

Pero, a la larga, quedó desteñida la cabeza del moro, y el tiempo y el trabajo no se perdieron: se invirtieron en una obra de magnas perspectivas.

Casi en el mismo plano que a la agricultura se atendió a la introducción y desarrollo del ganado. El mayor era indispensable en aquellas provincias, tanto porque constituía el alimento básico, cuanto porque el recorrido del territorio de las misiones, la exploración de nuevas áreas y el transporte de las mercancías, aun a caballo o en mula, era muy penoso y tardado. En cuanto al ganado menor, se le hizo objeto de los más variados usos. Las ovejas y cabras suministraban carne, sebo, jabón, manteca, cuero para zapatos y costales, cuernos para contener agua y comida.<sup>133</sup> Sólo escaseaban los puercos: en todo el país apenas se contaba con una docena de ellos, quizá, como suponía Baegert, a causa de la dureza o la sequedad del suelo,<sup>134</sup> pero más bien debido a la matanza de la mayoría de los que se introdujeron, porque espantaban a los indios y hozaban las sementeras.<sup>135</sup>

La escasez de pastos obligaba a dejar suelto al ganado mayor, que vagaba algunos días hasta quince horas en busca de yerbas. Para reunirlos, se requería un gran número de vaqueros, pero sólo se contaba con unos cuantos, y éstos limitaban sus servicios a impedir que se alejara demasiado. En consecuencia, la cría fue muy difícil al princi-

<sup>132</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 32.

<sup>133</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 242. Baegert, *op. cit.*, pp. 79 y 180.

<sup>134</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 180.

<sup>135</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 192.

pio. El ganado era pequeño y flaco, y la leche de las vacas apenas bastaba para alimentar a los becerros. Sufrían especialmente las ovejas, cuya lana se enganchaba en las espinas. Con frecuencia, el ganado moría de hambre y parte del que sobrevivía era cazado por los mismos californios o devorado por los leones de California.<sup>136</sup>

Contra todos estos obstáculos y debido a un cuidado amoroso, el ganado pudo desarrollarse. La aclimatación y la fecundidad de caballos, mulas, bueyes, cabras, ovejas y aún cerdos, perros y gatos fueron extraordinarias en la California. La posterior proliferación animal superó en mucho a la capacidad humana de domesticación, es decir, la multiplicación de las bestias fue mayor que la labor de los vaqueros para domesticarlas.<sup>137</sup>

### *Las poblaciones de la California*

La erección de los pueblos sujetos a la misión, que se fueron edificando lentamente, demandó también grandes esfuerzos de los jesuitas.

La evolución de Loreto, la primera de las misiones de California, que vino a ser considerada como el modelo de todas las demás, nos muestra los penosos esfuerzos que se realizaron. En un principio, la capital no constaba más que de una tienda de campaña que hizo veces de capilla, de unas cuantas chozas de madera y de un parapeto que rodeaba el terreno en que se había emplazado el pueblo.<sup>138</sup> Luego se amplió y consolidó. En 1702 informaba Piccolo que la fortificación constaba de una trinchera en cuadro, suficiente para una buena plaza de armas, los cuarteles para soldados solteros, situados de la capilla a dos tiros de arcabuz y, junto a ésta, la vivienda del misionero que contaba con oficinas, una huerta y un pozo.<sup>139</sup>

<sup>136</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 40, 180 y 181. Bayle, *op. cit.*, p. 192. Clavijero, *op. cit.*, pp. 38 y 40.

<sup>137</sup> *Memorias para la historia natural de California escritas por un religioso de la Provincia del Santo Evangelio de México*. AGN. Historia 21 (2), f. 198v. Venegas, *op. cit.*, I, p. 51. Bayle, *op. cit.*, p. 192.

<sup>138</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 146.

<sup>139</sup> Piccolo, *op. cit.*, p. 53.

La misión tomó su aspecto definitivo. Construida de adobe, la habitación del misionero era un pequeño cuadrilátero de un piso. La iglesia, en parte edificada de cantera, en parte, de mezcla, ocupaba un ala; la otra estaba constituida por seis cuartitos destinados a sacristía, cocina, y una tienda y un almacén pequeños. En algunas misiones, como Loreto y San José, funcionaba un hospital de reducidas dimensiones. El cuartel de los soldados era un techado de zacate. Al poniente se alineaban dos hileras de chozas de lodo en las que vivían 120 californios y, diseminadas, tres y media docenas de barracas para los soldados casados, los mineros, los herreros, los vaqueros y sus familias.<sup>140</sup>

Las otras misiones eran más humildes, en particular la de San Luis Gonzaga, posiblemente la más aislada, enclavada en la región más mísera de la península y fuera de las rutas que comunicaban a las demás poblaciones.

Esta humildad era general en todas las construcciones de las misiones jesuitas, excepto en las iglesias. Como un medio educativo, y para dar a los californios una idea de la relevancia de la casa de Dios, se construyeron los templos de piedra, trayéndose algunas, rodadas desde largas distancias, y se adornaron ricamente con finos ornamentos, pinturas, altares, y hasta pilas de agua bendita hechas de plata.<sup>141</sup>

Sostener la población española fue empresa harto difícil. En 1700, los misioneros ya se habían atraído a 60 colonos; pero pronto el clima, la esterilidad del suelo y la dura lucha para subsistir los desalentaron y redujeron notoriamente. Y en cuanto a las misiones más alejadas, sólo llegaban eventualmente unos cuantos españoles de paupérrima condición en busca de perlas.<sup>142</sup> Lugares tan miserables y lejanos sólo podían ser refugio para quienes la aventura de la Nueva España había resultado inaccesible.

En esta forma se establecieron las misiones de California. En total fueron 18, aunque algunas se trasladaron a mejores sitios y otras se fusionaron por el corto número de los habitantes indígenas. En

<sup>140</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 123 y 127. Baegert, *op. cit.*, pp. 157 y 158.

<sup>141</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 169 y 170.

<sup>142</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 160. Baegert, *op. cit.*, p. 59. Clavijero, *op. cit.*, p. 97.

vísperas de la expulsión de los jesuitas eran 15: Loreto, fundada en 1697; San Francisco Xavier, en 1699; Santa Rosalía Mulegé, en 1705; San José Comondú, en 1708; la Inmaculada Concepción en 1715; San José del Cabo, Guadalupe y Todos Santos, en 1720; Santiago, y Dolores, en 1721; San Ignacio, en 1729; San Luis Gonzaga, en 1737; Santa Gertrudis, en 1751; San Borja, en 1762 y Nuestra Señora de la Columna, en 1766.<sup>143</sup>

### *La reducción de los californios*

Reducir a los bárbaros a la vida política fue una empresa no menos erizada de dificultades.

Todas las misiones se gobernaron de acuerdo con un reglamento que el padre Salvatierra elaboró para asegurar y mejorar la tierra, después del asalto que los californios, impelidos por la codicia, realizaron contra Loreto.<sup>144</sup> También en este aspecto, el ejemplo lo constituyó la labor ejecutada en la capital de California que, en substancia, era la misma experimentada, en las misiones jesuitas del continente. Los descubrimientos de las nuevas tierras, la reducción de los gentiles, la instrucción, el castigo de los delincuentes y el ritual para la administración de los sacramentos fueron iguales a lo largo de la península. Un requisito fue también vigilado invariablemente: la probada virtud de los jesuitas que habrían de destinarse a aquellas misiones.<sup>145</sup>

El sistema al que se apegaba fielmente los misioneros de la California era, en breves palabras, el siguiente: después de la misa y la enseñanza de la doctrina cristiana y antes de que los indios y los soldados se dirigiesen a su trabajo, los padres les repartían el desayuno. Si se disponía de recursos suficientes, a medio día se repartía pozole y carne, y en la noche atole. A la puesta del sol, otra vez se rezaba el rosario o, si era domingo, se entonaban algunos cantos religiosos. Cada grupo de los que componían la misión acudía a

<sup>143</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 236. Baegert, *op. cit.*, pp. 154 y 155.

<sup>144</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 90.

<sup>145</sup> *Establecimiento*, f. 87v. Baegert, *op. cit.*, pp. 85, 163 y 164.

ella durante una semana y, luego, regresaba a su pueblo, debido a que no se podía abastecer ni ocupar absolutamente a todos. Esta falta de víveres, junto con las enemistades que privaban entre las tribus y el apego a la propia patria, determinaron que las poblaciones dependientes de una misión fueran muy pequeñas. Así, las 15 misiones apenas se daban abasto para atender a 12 000 californios.<sup>146</sup>

A fin de conservar el orden dentro y fuera de la misión, los misioneros nombraban fiscales y policías de entre los mismos indios. Señal muy castiza de su dignidad era un bastón, a veces adornado con un botón de plata. Baegert nos dice que los indios gustaban grandemente de ocupar los cargos de autoridades y que hacían ostentación de ellos cuando los obtenían, lo que no obstaba para que fuesen muy remisos en el cumplimiento de sus deberes y para que, casi con la misma frecuencia que los demás indios, se hicieran acreedores al castigo correspondiente.<sup>147</sup>

Punto muy importante para mantener la seguridad de la tierra fue la presencia de los soldados, reducidos al número necesario para dominar a las tribus no convertidas y reprimir las rebeliones que los hechiceros, desposeídos de su influencia y prestigio, provocaron en varias ocasiones.<sup>148</sup> Las funciones de los soldados eran las de escoltar a los misioneros en sus viajes, montar guardias nocturnas, vigilar a los indios y cumplir las órdenes de los jesuitas respecto de la disciplina y los asuntos de la misión.<sup>149</sup>

Toda la labor civilizadora que infatigablemente realizaban los jesuitas se centraba en la educación. El primer paso era el de aprender la lengua; luego, componer en ella el catecismo para enseñarlo a los niños y a los adultos.<sup>150</sup> Debe recordarse que los aborígenes llevaban una vida tan rudimentaria que su lenguaje era particularmente escaso y carente de vocablos que expresaran ideas abstractas. Es decir, era un pueblo sin Dios, sin dioses siquiera. Considérese, entonces, la

<sup>146</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 103, 104 y 240. Baegert, *op. cit.*, pp. 73 y 83. Bayle, *op. cit.*, p. 140.

<sup>147</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 164. Venegas, *op. cit.*, II, pp. 159 y 160.

<sup>148</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 153.

<sup>149</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 187. Venegas, *op. cit.*, II, pp. 149, 160, 165 y 168.

<sup>150</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 80 y 93. Baegert, *op. cit.*, p. 163.

dificultad para, por una parte, enseñar a los adultos y, por la otra, que fueron precisamente los niños los más aptos para escribir y hacer suyas las enseñanzas religiosas. Desde los seis a los doce años, niños y niñas estaban obligados a acudir a la cabecera a recibir separadamente la educación elemental y religiosa. Muy pronto, el padre Ugarte convirtió su casa de Loreto en seminario de niños indígenas; posteriormente, en la misión de San José también se establecieron dos seminarios.<sup>151</sup>

Aunque la instrucción se impartía fundamentalmente en las lenguas propias de los californios, también se enseñó la castellana, que asimilaban bastante bien los *cochimés* y, mejor todavía, los *pericúes*. Se enseñaba, además, canto, el uso de algunos instrumentos musicales como el arpa, el violín, y el violoncello, de modo que cada iglesia llegó a contar con su propia capilla de música y su escoleta y diferentes oficios, como el labrado de la piedra, el hilado, el tejido, la carpintería, la herrería y otros más, sin contar la imprescindible enseñanza de la agricultura y el pastoreo. En la casi totalidad de los casos, el maestro fue el misionero, que procuraba impartir los conocimientos del mejor modo posible; en ocasiones, mandaba traer oficiales de oficios españoles, y, en una, dos misioneros de Italia, que eran músicos de profesión.<sup>152</sup>

No era escasa la disposición de estos nuevos cristianos; sólo si sus talentos estaban enmohecidos. Corría entre los misioneros la común opinión de que, mandándoles a colegios adecuados, progresarían en virtudes, artes y ciencias al igual que los niños europeos.<sup>153</sup>

### *La economía de las misiones de California*

Los gastos que demandaba la gigantesca labor emprendida en California eran, como es de suponer, sumamente elevados.

<sup>151</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 123, 127 y 240.

<sup>152</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 163 y 179. Bayle, *op. cit.*, p. 181. Clavijero, *op. cit.*, pp. 103, 107, 123 y 239.

<sup>153</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 109 y 110.

A más de las grandes sumas impedidas en el cultivo de la tierra, la erección de las poblaciones, la enseñanza, la provisión de implementos para la agricultura y otros oficios, le era preciso al misionero atender al sustento de todos los indios. Las misiones de mayores recursos, que eran solamente cinco, proporcionaban la ropa y el alimento necesarios durante todo el año a la totalidad de sus feligreses; otras –las menos populosas– por lo menos a los catecúmenos mientras eran instruidos, a los neófitos llegados de la cabecera, a los niños y niñas de seis a doce años, a los inválidos, a los enfermos y, cuando se realizaba alguna obra en la misión, los que cooperaban con su trabajo.

La carne era artículo de primera necesidad para los enfermos graves y los trabajadores de la misión y costumbre establecida para todos en las fiestas más importantes del año y en la Semana Santa.

Una o dos veces al año, los indios recibían un retazo de paño azul, y las indias un velo blanco y grueso que les cubría de la cabeza a los pies. En otras misiones se les daban, a ellas, faldas y jubones de franela azul o camisas de algodón y, a ellos, levitas y pantalones de paño negros.<sup>154</sup>

Ahora bien, como debía llevarse de lugares muy distantes la gran mayoría de los artículos consumidos en California, había que añadir a su costo los derechos del transporte terrestre, que eran excesivos –ya que el marítimo era gratuito– y, sobre todo, los innumerables riesgos que se ofrecían a lo largo de una muy dilatada travesía.<sup>155</sup>

También auxiliaron los misioneros, en su propósito de lograr la consolidación de la población española, a los mineros y, en general, a los colonos de la Baja California.<sup>156</sup>

### *La ayuda real*

Diferentes reales cédulas, la primera fechada el 17 de junio de 1701, ordenaron insistentemente el fomento de la empresa de conversión y

<sup>154</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 242. Baegert, *op. cit.*, pp. 83, 163 y 164. Informe..., *Quijano... 1752*, f. 26v-29. Bayle, *op. cit.*, p. 140. Venegas, *op. cit.*, pp. 158 y 159.

<sup>155</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 171-173.

<sup>156</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 171.

poblamiento de la California, mediante una dotación que primitivamente consistió en \$6 000 y después ascendió a \$13 000; que se equipara convenientemente a las iglesias con ornamentos, vino, aceite y campanas; que se fundara un seminario para los indiecitos; que se erigieron una compañía de 25 soldados; que se igualara a los misioneros de California con el mismo situado asignado a otros misioneros y se les destinaran algunos barcos, y que se pagaran del real erario los gastos hechos en la sujeción de los indios rebeldes.<sup>157</sup>

Pero lo que llegó a pagarse de estos subsidios era mínimo. Los primeros \$6 000 que Pícolo recaudó, después de múltiples esfuerzos, no alcanzaron ni para la paga de los soldados, y ello a pesar de que para entonces Salvatierra ya había licenciado a una parte de la tropa por falta de fondos.<sup>158</sup> Tampoco fue suficiente la dotación aumentada a \$13 000 en 1703, pues como la guarnición había aumentado rápidamente, apenas se lograba darle la mitad de las medidas reglamentarias.<sup>159</sup> Imposible resultaba, pues, cubrir los gastos de las misiones.<sup>160</sup>

En cuanto a los \$300 anuales donados por Felipe V para sustento de los misioneros, se consideró conveniente no aceptarlos, en primer término, por la rémora que significaba la negativa o tardanza de los oficiales reales en el pago, y porque resultaba una cantidad muy exigua dadas las condiciones de la tierra y, en segundo, porque los gastos de marinos y soldados aumentaban gradualmente y ya se preveía que los ingresos que la California proporcionaría a la hacienda real serían casi nulos.<sup>161</sup> En esta forma trataban los jesuitas de evitar reproches de los funcionarios menores por la incosteabilidad de la empresa.

Algo más hizo el rey de España: pretender que los fondos adjudicados a la Compañía por Fernández Torres para fundar dos misiones en Sonora o Sinaloa se invirtieran en socorrer a las de la Baja

<sup>157</sup> Pícolo, *op. cit.*, pp. 38 y 291. Bayle, *op. cit.*, pp. 142. Clavijero, *op. cit.*, pp. 109, 113, 140, 199 y 200.

<sup>158</sup> *Establecimiento*, f. 139 y 140. Pícolo, *op. cit.*, pp. 57 y 290. Clavijero *op. cit.*, p. 100.

<sup>159</sup> Pícolo, *op. cit.*, p. 291. Baegert, *op. cit.*, pp. 156 y 188.

<sup>160</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 243. Pícolo, *op. cit.*, p. 291.

<sup>161</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 161.

California. El provincial objetó las cláusulas del testamento que especificaban claramente el destino de la herencia. Al final, argumentaciones y empeños se estrellaron contra un obstáculo decisivo: la litis pendiente y la decadencia de las haciendas que había llegado a tal extremo, según certificación del obispo de Guadalajara (descendiente de una de las partes litigantes), que apenas podían sufragar los gastos de un solo misionero.

Hay que agregar que, hacia 1743, el padre rector del colegio de Guadalajara pretendió ceder estas haciendas por ciertas obras pías que no había pagado. Su aniquilamiento impidió que nadie se interesara en la compra.<sup>162</sup>

Ahora bien, los sueldos e incluso la comida de los soldados fueron primeramente pagados por el misionero. A partir de 1719, los fondos cedidos por el rey sufragaron este gasto, aunque en forma parcial y esporádica, teniendo que suplir los jesuitas las cantidades faltantes. Así por ejemplo, en 1736, de los 40 soldados y marineros existentes en San José del Cabo, el rey sólo pagaba a 10 soldados. Tocaba, pues, al misionero, pagar a los restantes y aun duplicar el sueldo a los soldados.

Respecto de los barcos, que constituyeron una necesidad vital para la península, de 20 que utilizaron los jesuitas durante su administración, solamente 6 fueron costeados de cuenta de la real hacienda.<sup>163</sup>

Esta fue, en realidad, la única ayuda que la corona española prestó a las misiones de California durante el tiempo que dependieron de los jesuitas (1697-1768),<sup>164</sup> a pesar de que, por razón del Regio Patronato Indiano, estaba obligada a su mantenimiento.

<sup>162</sup> Bayle, *op. cit.*, pp. 94 y 99 -101.

<sup>163</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 242.

<sup>164</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 162.

### *La caridad privada*

En contraste, la caridad privada abrió la bolsa generosamente a las peticiones de los misioneros.

Salvatierra había partido a California con la promesa del marqués de Buenavista y del conde de Miravalle de aportar \$2 000, y con la ayuda proporcionada por diferentes bienhechores, entre los que destacaban la del presbítero queretano don Juan de Caballero y Ocio, la del tesorero de Acapulco don Gil de la Sierpe y la de la cofradía de Los Dolores del Colegio Máximo de los jesuitas.<sup>165</sup> Bien pronto el entusiasmo y generosidad de los misioneros encontraron eco en el corazón de los novohispanos. Bienhechores de toda la Nueva España, indios y españoles, seglares y religiosos demostraron su interés y liberalidad. Salvatierra no dejó apagar el fuego, y durante el resto de su vida mantuvo una nutrida correspondencia con sus favorecedores, solicitando y agradeciendo finamente sus clones. Y durante 70 años, el amor entrañable que hacia los californios profesaban todos los conventos y monasterios de la Nueva España, especialmente del obispado de Puebla, se volcó en limosnas y oraciones. Los hombres ricos de buena condición, sobre todo de Nueva Galicia, dieron a manos abiertas sus caudales; los pobres de buena voluntad abrieron sus humildes alforjas para enviar las fundamentales dádivas de maíz, frijol, quesos y cecinas.<sup>166</sup>

En la nómina de las personas que con sus caudales habían ayudado a la conquista y conservación de California hasta 1720, enviada por el padre Rodero, aparecen los nombres de:

El marqués de Villapiente, con	\$ 167,540
Ciudades y villas de México en dinero, ropa y otros generales	115,500
Misioneros de Sinaloa, Sonora y Tarahumara (con frutos y limosnas solicitadas en dichas provincias de Sonora de los hermanos piadosos que en ellas viven, así españoles como indígenas	105,000
Don Juan Caballero y Ocio	44,000

<sup>165</sup> *Establecimiento*, f. 10v y 39v. Baegert, *op. cit.*, p. 82. Clavijero, *op. cit.*, p. 84.

<sup>166</sup> *Establecimiento*, f. 38v, 41 y 86. Clavijero, *op. cit.*, pp. 109-112.

Don Diego Gil de la Sierpe	25,000
Don Nicolás de Ermiaga	14,000
Don Nicolás de Arteaga	12,000
Don Luis de Velasco	10,000
P. Juan de Luyando S. J.	10,000
P. José de Guevara S. J.	10,000 <sup>167</sup>
Marquesa de Torres	10,000
Duque de Linares	9,000
Congregación de los Dolores del Colegio Máximo de los jesuitas	8,000
Duquesa de Valdivia	4,000
Duquesa de Sesa	2,000
	<hr/> 546,040 <sup>168</sup>

suma que en 1737 había aumentado a \$600,000<sup>169</sup> y, en vísperas de la expulsión, a \$800,000.<sup>170</sup> Este fue el capital que constituyó el llamado Fondo Piadoso de las Californias, creado por la munificencia particular que en aquel entonces ya se consideraba escaso. (Hay que aclarar que el término *Californias* se aplicaba exclusivamente a la Baja California.) Expulsados los jesuitas, se redujo sobremanera: la codicia, la impericia y el abandono de los funcionarios lo dilapidó.

### *La administración de las misiones de California*

<sup>167</sup> Esta donación constituía la herencia que les correspondía y a que hicieron renuncia en favor de la California, al ingresar en la Compañía.

<sup>168</sup> La nómina consigna la cantidad cerrada de \$ 548,000.

<sup>169</sup> Piccolo, *op. cit.*, pp. 292 y 301-302. Vide también *Establecimiento*, f. 39v y 141. Baegert, *op. cit.*, p. 156. Clavijero, *op. cit.*, p. 119.

<sup>170</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 134.

Ya desde los inicios de la conversión de California, el celo previsor de Salvatierra había procurado asegurar las fincas necesarias para la subsistencia de las misiones.

Conforme a sus deseos, la Compañía nombró un procurador especial: el procurador de California, que residía en México y era completamente independiente del procurador de provincias, encargado de las demás misiones jesuitas. Al procurador de California correspondía la administración de las fincas, la cobranza de las limosnas y el despacho de las memorias. Logró también Salvatierra que se designara un procurador, con sede en Guadalajara, quien ejercía sus facultades en los asuntos propios de esa Real Audiencia. Y en las costas de Sonora y Sinaloa siempre tuvo por procuradores y agentes a todos los misioneros que vivían en los puertos de mar.<sup>171</sup>

Los gastos que demandaba una misión, incluyendo alimentos, ropa, edificios, caballos, etcétera, podían calcularse a *grosso modo* en un capital de \$10,000 o su equivalente, cantidad con la que los bienhechores eran considerados fundadores de una misión.<sup>172</sup>

Tanto las haciendas cedidas a las misiones de California, como las compradas con los donativos, estaban situadas y diseminadas a lo largo de la Nueva España.<sup>173</sup> Posiblemente la mas rica era la de Arroyo Zarco, ubicada en el obispado de Guadalajara; en Nuevo Santander existía otra que contaba con 78 000 cabezas de ganado menor y, cerca de Aguayo, otra más con 30 000 ovejas.

En cada una de las fincas residía un mayordomo, encargado del manejo de la finca, bajo graves responsabilidades.<sup>174</sup> Mucho debía esforzarse administrando las fincas con el máximo de economía, nos dice Baegert, porque cada año, en el mes de marzo, tenía que remitir a cada misión lo correspondiente a su dotación, transportándolo desde la ciudad de México al puerto de Matanchel y, de allí, hasta California. Los fletes marítimos (cuyo alto costo ya fue mencionado) causaban un desembolso equivalente a la décima parte de la remesa,

<sup>171</sup> *Establecimiento*, f. 85.

<sup>172</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 241-242.

<sup>173</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 162.

<sup>174</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 179. Vide François Chevalier. *Instrucciones a los hermanos jesuitas administradores de haciendas de campo*. México, UNAM, 1950.

y las piezas de tela destinadas a cubrir a los californios desnudos, casi las tres cuartas partes. En resumen, lo que algunas misiones llegaban a recibir anualmente era un hábito, algunos pares de zapatos, algo de chocolate, cera blanca; en algunos años, alcanzaba para un ornamento; en otros, para objetos de la iglesia. Limosnas menudas y la venta de trigo, maíz, jabón y pieles que ya en las últimas épocas rendían las misiones, completaban el resto de la economía misional.<sup>175</sup>

### *La hermandad de las misiones*

Como ya se hizo notar, cada una de las misiones jesuitas establecidas entre los infieles del norte de la Nueva España, a más de realizar en su propio seno los fines de evangelización y civilización que perseguía la Compañía de Jesús, constituyó un jalón en el camino que conducía a otras regiones pobladas por bárbaros.<sup>176</sup> Un plan cuidadosamente elaborado y una ejecución fielmente apegada al plan dieron como resultado el firme eslabonamiento de las misiones jesuitas, unas dependientes o sujetas a otras de mayor antigüedad o mayor riqueza, reflejando, en cierta forma, el sistema político por el cual el imperio español trataba de establecer un equilibrio cultural y económico en sus dominios de América.<sup>177</sup>

De acuerdo con el sistema económico por el cual se regían los jesuitas, cada fundación debía mantenerse con total independencia respecto de los bienes ajenos, excepto en algunos casos especiales y de urgencia en que el colegio o misión mejor dotados podían acudir en ayuda del más menesteroso. Este plan de ayuda de las residencias jesuíticas se siguió puntualmente. En el noroeste, una misión medianamente establecida debía constituir, en cierta forma, una base de aprovisionamiento de las nuevas fundaciones.<sup>178</sup> Ya se ha visto como el colegio de Sinaloa, que disponía de fondos suficientes, auxiliaba a

<sup>175</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 162, 163 y 171-173.

<sup>176</sup> Alegre, *op. cit.*, II, pp. 31.

<sup>177</sup> Kino, *op. cit.*, 197 y 198.

<sup>178</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 93.

las misiones cercanas que contaban con menores medios de vida. A su vez, éstas se auxiliaban en la medida que sus recursos les permitían, regalando o intercambiando los productos que necesitaban.

Así se advierte que, en el siglo XVII, los jesuitas deseaban adoctrinar a los indios del río Mayo, a fin de llevarles el bien y abrirse, al mismo tiempo, una puerta en el campo de la conversión de los *yaquis*.<sup>179</sup> Respecto de las misiones de Sonora, el padre Kino expresaba sus esperanzas de que, otorgando durante algunos años ayuda a la California, esta lograría cierto grado de solvencia.<sup>180</sup> El padre Salvatierra cimentaba sus esperanzas en las misiones de Sonora, proyectando que algún día formarían un solo cuerpo con las de California y ambas se sostuvieran mutuamente. Por su parte, el padre provincial Luis de Bonifaz aseguraba que las misiones de Sonora y Sinaloa tendrían una colonia en las misiones de California y que, con el tiempo, ambas, como dos hermanas, se prestarían mutua ayuda. En la misma forma se pretendía que las misiones de la Pimería fuesen sostén y auxilio de las de la Baja California para que éstas, a su vez, pudiesen serlo de la Nueva California.<sup>181</sup>

<sup>179</sup> Alegre, *op. cit.*, II, p. 31.

<sup>180</sup> Kino, *op. cit.*, pp. 197 y 198, Bayle, *op. cit.*, pp. 99-101.

<sup>181</sup> Pérez de Ribas, *op. cit.*, II, pp. 245-246 Kino, *op. cit.*, pp. 86 y 87. Bayle, *op. cit.*, p. 93.









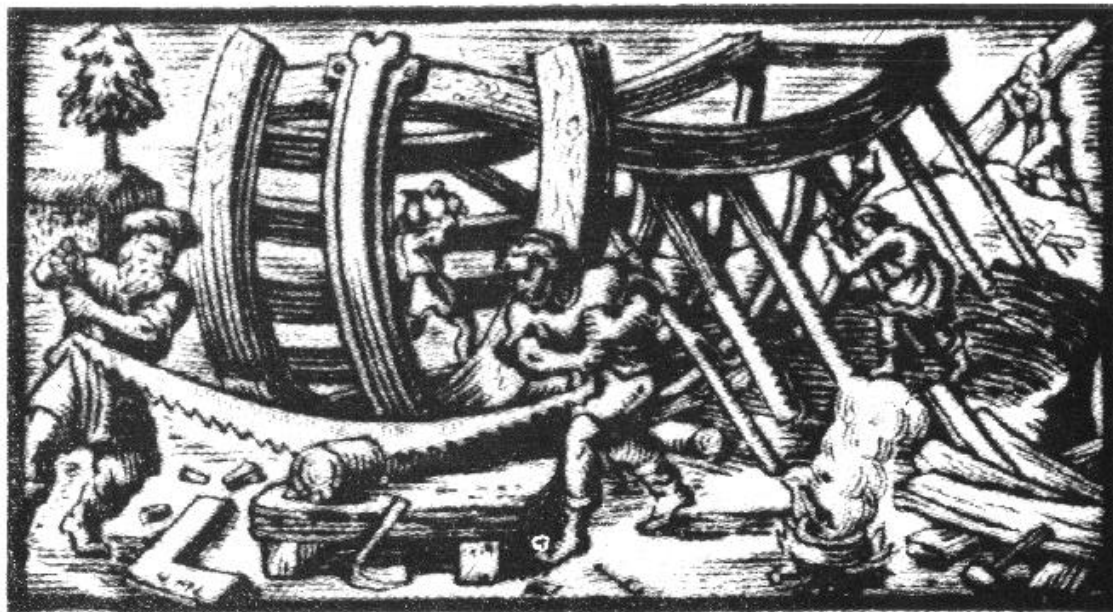






P. Juan Ma. de Salvatierra S. J.





*La acendrada ternura de los socorros de Sonora y Sinaloa*

Aunque, en términos absolutos, los socorros de las misiones de Sonora y Sinaloa a las de California no constituyeron la aportación más alta, con serlo en sumo grado, estos socorros fueron en tal forma oportunos, que a ellos debe atribuirse la prosecución y el crecimiento de la obra civilizadora de los jesuitas en la península.

La oportunidad de la ayuda impartida a California era esencial para salvar de la ruina a las nuevas fundaciones. Basta recordar el gran número de expediciones que fracasaron lamentablemente por falta de víveres: la de Ulloa, la de Vizcaíno, la de Iturbi, las del capitán Francisco Ortega, la de Otondo y la del capitán Francisco Lucenilla.<sup>182</sup> Incluso en la época en que ya se había establecido el transporte regular de víveres y ganados de la contracosta de Sonora, la simple tardanza en el arribo de la nave determinaba que el hambre se cebara en las misiones californianas.<sup>183</sup>

Sonora y Sinaloa brindaron liberalmente limosnas en efectivo, bastimentos de todas clases y, sobre todo, colaboradores infatigables. Los auxilios se dispusieron y enviaron con inteligencia, esmero y acendrada ternura que no desfallecieron un solo momento, y a cuya eficacia se debió la supervivencia de California.<sup>184</sup>

<sup>182</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 69 y 77. *Establecimiento*, f. 5-6v. Alegre, *op. cit.*, , p. 77. Venegas, *op. cit.*, I, pp. 115-169.

<sup>183</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 142.

<sup>184</sup> Entre las peticiones urgentes de *Piccolo*, se encontraba la de dos embarcaciones: una grande para viajar a las costas de Nueva Galicia y otra mediana para llevar a California sin dilación "...los socorros que de Sonora y Sinaloa se enviaban..." *Piccolo*, *op. cit.*, p. 69. Clavijero decía que el año de 1704 fue tan desdichado que, a no ser por los socorros de Sonora y Sinaloa, California se habría arruinado totalmente (p. 112).

<sup>186</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 411.

*La hermana pequeña*

Algunos de los expedicionarios ya habían advertido las ventajas que, para la colonización de California, ofrecían las misiones de Sonora y Sinaloa.

El almirante Bernal de Piñadero, al solicitar autorización para llevar jesuitas a la California, argüía que la colonización se vería favorecida, por lo menos en sus comienzos, por las misiones de Sonora, que serían "...en caso de apuro, hambre o contagio, la providencia de las que se hicieran enfrente".<sup>185</sup>

Decretado el abandono de la península, Kino, con extraordinaria visión, concretó la idea de extender hacia el oeste la acción civilizadora de los jesuitas, no como si se tratara de una empresa en sí, sino como una prolongación. Por lo pronto, urgía compartir el pan con California, "la hermana más pequeña" y, para ello, propuso fundar algunas haciendas cerca de las reducciones del noroeste, en especial de las de Sonora, que habrían de dedicarse exclusivamente a California y que serían cultivadas con gusto por los indios y cuidadas celosamente por los misioneros.<sup>186</sup>

Sus proposiciones fueron acogidas favorablemente por el fiscal real. El virrey, por su parte, las aprobó plenamente y dio cuenta a la corona, en carta de 3 de septiembre de 1685, del vivísimo interés que los jesuitas mostraban por la conversión de las regiones californianas.<sup>187</sup> Muchos, muchos años después, el rey comprendió el innegable acierto de estos proyectos y se sumó a ellos ordenando, por real cédula de 13 de noviembre de 1744, que se diese un vigoroso impulso a las misiones de la Pimería, con el objeto de que pudiesen darse las manos con las de California.<sup>188</sup>

Pero el padre Kino no estaba dispuesto a esperar la resolución, que se retrasaba excesivamente, con los brazos cruzados, y deseando establecer una base desde la cual pudiese proveer a las necesidades de California, solicitó primeramente que se le permitiera misionar a

<sup>185</sup> Bayle, p. 93.

<sup>186</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 411.

<sup>187</sup> Hebert Eugene Bolton, *Rim of Christendom*. New York, 1936, p. 225.

<sup>188</sup> Bayle, *op. cit.*, pp. 93 y 122.

los *guaymas* y a los *seris* y, logrado esto, que se le enviara a la Pimería, con el objeto de acercarse cada vez más a California. En 1692, sometidos los *sobaipuris*, consideró próxima la realización de sus anhelos: desde la costa era posible divisar las ansiadas tierras.<sup>189</sup>

El interés que en Sonora se despertó por California y los auxilios que le impartieron, cimentaban la afirmación del padre Kino de que esa provincia debía considerarse madre de todas las misiones californianas.<sup>190</sup>

Un nuevo plan acudió a su mente, en la constante comprobación de los peligros y obstáculos que el mar ofrecía, y de la carestía del transporte de mercancías y ganado la conducción marítima de cada cabeza costaba la exorbitante suma de \$300, en tanto que, por tierra, solamente \$.10)<sup>191</sup> Así concibió el padre Kino el proyecto de descubrir un camino por tierra a California. Comunicó su idea a otros misioneros de Sonora y, juntos, animaron al padre Salvatierra, que en 1701 subía de la Pimería a Sonora, para que procurase averiguar si Sonora se unía por la banda del norte con California.<sup>192</sup> Siguiéronse intentos extenuantes y ahincados (Kino contaba hasta cincuenta entradas en Sonora en busca del paso)<sup>193</sup> que dieron como resultado el conocimiento de la peninsularidad de California, pero no la cabal comunicación con ella durante un largo tiempo: hasta la expulsión de los jesuitas, una ancha faja de tierra quedo como un abismo entre el continente y la península, a causa de las rebeliones de los *apaches*, *seris* y *pimas*.<sup>194</sup>

### *Organización de la ayuda a California*

En los inicios de la colonización de California, fueron las misiones de Sinaloa la segunda base de aprovisionamiento de las expediciones que partían de México y de Acapulco. Después, fueron el centro

<sup>189</sup> Kino, *op. cit.*, pp. 15, 234 y 342.

<sup>190</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>191</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 405.

<sup>192</sup> *Establecimiento*, f. 110v. Baegert, *op. cit.*, pp. 150 y 151.

<sup>193</sup> Kino, *op. cit.*, p. 4.

<sup>194</sup> Baegert, *op. cit.*, pp. 150 y 151.

principal donde podía surtirse directamente la península cuantas veces la necesidad amenazaba con destruirla. A su turno, las misiones de Sonora colaboraron en esta tarea y aun llegaron a aportar el grueso de las partidas enviadas para beneficio de California.

Constituyó Belén del Yaqui, llamado comúnmente puerto del Yaqui, el refugio y centro de avío para los enfermos y derrotados, y el punto de partida de los primeros socorros enviados a California. Del Yaqui a Loreto, reinando buen tiempo, podía realizarse la travesía en un lapso de 24 horas.<sup>195</sup>

Pero en 1699 se tuvo la buena fortuna dentro de la desgracia de que, azotando una tempestad a la galeota, la arrojó finalmente doce leguas al norte del Yaqui, donde se descubrió un puerto en una isleta cercana a la tierra firme y que podía servir muy eficazmente como embarcadero de los productos de las misiones de Sonora, que estaban mejor abastecidas que las de Sinaloa.<sup>196</sup> Ya para el año de 1701, el puerto de San José de Guaymas, situado en la costa de la Pimería, había substituido en buena parte al puerto del Yaqui en la comunicación con la California.<sup>197</sup>

En abril, dos balandras y tres o cuatro canoas pequeñas navegaban de la península rumbo a Matanchel a recoger las mercaderías concentradas en México. En cambio, eran varias las veces durante el año en que se dirigían a la contracosta de Sonora y Sinaloa para cargar granos, legumbres secas, carne, manteca y ganado.<sup>198</sup>

La mente de Kino, fértil en proyectos, trabajaba incesantemente en la procura de recursos que allanasen los escollos que retardaban la colonización de la Baja California y sus manos, doloridas y deformadas por el artrismo, de inmediato se aplicaban a ejecutar los proyectos. En 1693, mientras atendía a la conversión de los *sobas*, decidió construir una embarcación con fondos obtenidos en la Pimería, para surcar el mar de la California y registrar sus puertos y ensenadas. Cortáronse los tablones y labráronse las maderas en la misión de Nuestra Señora de los Dolores, con el propósito de llevarlas

<sup>195</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 405.

<sup>196</sup> *Establecimiento*, f. 83v. Kino, *op. cit.*, pp. 27 y 28.

<sup>197</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 405.

<sup>198</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 189. Clavijero, *op. cit.*, p. 92. Alegre, *op. cit.*, II, p. 93.

al mar en mulas y allí armar el barco. En él le fue posible, al año siguiente, realizar tres entradas y bautizar algunos accidentes geográficos de la península.<sup>199</sup>

Luego enderezó sus esfuerzos a disponer los socorros que habrían de proveer a California; buscó tierras fértiles y proporcionadas para establecer nuevas reducciones que formaran una cadena, cuyo broche sería un puerto bien situado,<sup>200</sup> y enseñó a los *pimas* a cultivar la tierra, proporcionándoles semillas y dotándolos con algunas estancias de ganado.

Así logró formar

... muy pingües y fértiles tierras de muchos trigos y maíces, frijol, buenos ríos, arboledas, muchas sementeras y labores, y abundantes cosechas... muchas estancias de ganado mayor y menor y caballadas, no solo en estos nuevos pueblos, sino también tierra muy adentro, a distancia de 20, de 30, de 40 y de 50 y mas leguas.<sup>201</sup>

Cuando las reducciones sonorenses lograron bastarse a sí mismas, hubo ya oportunidad de realizar el proyecto de forjar un patrimonio para los californios. El padre Saeta, futuro mártir que entonces administraba la misión de la Concepción de Caborca, señaló una buena estancia con zacate, agua y algunas cabezas de ganado y un pedazo de huerta en el que se habían plantado varios arbolillos y sembrado muchas semillas, que habrían de transportar las naves a California.<sup>202</sup>

Por su parte, el padre Kino fundó, junto al puerto del Yaqui, un rancho destinado al mismo objeto,<sup>203</sup> adonde condujo numeroso ganado que ya tenía prevenido.<sup>204</sup> Después, aprovechando la magnífica oportunidad que el puerto de Guaymas ofrecía a sus designios, erigió allí una misión de *pimas-guaymas* que contaba con huertas,

<sup>199</sup> *Itinerario*, f. 176v.

<sup>200</sup> Kino, *op. cit.*, pp. 18-28.

<sup>201</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>202</sup> *Ibid.*, pp. 31-36.

<sup>203</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 150.

<sup>204</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 404.

salinas y ganados,<sup>205</sup> y que en 1704 se aplico íntegramente a California. Incluso, ambas tuvieron el mismo superior y el mismo visitador, a fin de que “fuese mayor la armonía y mas fácil el socorro que la California necesitaba.”<sup>206</sup>

Toco al padre Piccolo encargarse de la responsabilidad de esta misión de Guaymas y de los cuatro mil *pimas* que la habitaban. Luego, en el periodo en que desempeñó el puesto de visitador de las misiones de Sonora, desarrolló una intensa actividad para favorecer con los recursos de éstas a las misiones de California.<sup>207</sup>

### *La abundancia de los socorros de Sonora y Sinaloa*

Los comienzos de la ayuda de las misiones del noroeste a la colonización de California tuvieron lugar desde el viaje del almirante Otondo en 1683. En Nío, pueblo situado a orillas del río de Sinaloa, se construyeron los barcos y se recogió la mayor parte de las provisiones que habrían de consumirse durante la expedición.

Luego de fundado el real de La Paz, se hizo preciso enviar a la nave capitana al puerto del Yaqui en solicitud de auxilio que prontamente aportaron las misiones de las cercanías.

Cuando los colonizadores, imposibilitados para continuar en La Paz, regresaron al Yaqui, su penuria era tal que Otondo se vio obligado a empeñar gran parte de la ropa que llevaba y aun su propia vajilla de plata. Sólo pudo realizarse un nuevo intento para el establecimiento de los españoles en la península gracias al interés de los misioneros de las reducciones de Sinaloa que atendieron “con generosidad y largueza” a las necesidades del viaje. Resultado de este fue la fundación del Real de San Bruno y los varios reconocimientos a lo largo de los litorales de California, verificados a lomo de mulas, caballos y machos provenientes de las mismas misiones sinaloenses.<sup>208</sup>

<sup>205</sup> Piccolo, *op. cit.*, p. 11. Venegas, *op. cit.*, II, p. 94. Decorme, *op. cit.*, II, p. 410.

<sup>206</sup> Venegas, *op. cit.*, II, p. 94.

<sup>207</sup> Piccolo, *op. cit.*, p. 11.

<sup>208</sup> Venegas, *op. cit.*, II, pp. 160-165. Bayle, *op. cit.*, pp. 102-110. Bolton *op. cit.*, pp. 135-172.

A partir de entonces, fueron interrumpidos los viajes que a través del mar de Cortés realizaban las naves de California.

Al desembarcar en Sinaloa, procedente de Acapulco, Salvatierra permaneció dos meses en Yaqui, donde se proveyó de víveres.<sup>209</sup> De allí procedieron los primeros auxilios enviados para aplacar el hambre de los californios y, habiéndose agotado a los pocos meses, de allí volvió a surtir la misión de Loreto.<sup>210</sup>

En 1700, advirtiendo Salvatierra la imposibilidad de llevar de México lo necesario, decidió embarcarse a la contracosta de Sinaloa en busca de nuevos socorros. Sinaloa lo proveyó con varios subsidios y el padre Kino le envió de Guaymas ganado, semillas y cuanto pudo reunir; posteriormente, el mismo Salvatierra recogió en Sonora muchas limosnas y, suficientemente abastecido, regresó a su fundación.<sup>211</sup> Al año siguiente regresó a Guaymas a solicitar socorros del gobernador de Sinaloa. En el Yaqui y en las misiones meridionales de los *pimas* fue nuevamente favorecido.

Viajes similares realizaron otros jesuitas. En 1703, el padre Ugarte recogió en Sonora y Sinaloa fuertes limosnas, víveres y ganado y, un año después, le fue forzoso a Pícolo internarse en Sinaloa, de donde retornó a Guaymas con las provisiones deseadas.<sup>212</sup>

Las primeras parras, granados y membrillos que se plantaron en California y que, por cierto, al principio no fructificaron, fueron proporcionados por el padre Marquina, rector de las misiones del Yaqui. De igual manera, los frutos que por primera vez produjo California en San Isidro y San Bruno (maíz, frijol, haba, trigo, garbanzo, nabo, rábano, cebolla, calabaza), y cuya aparición tanto regocijo provocó, sólo al Yaqui se debían. Cooperaban a las expediciones de descubrimiento con mulas de carga y de silla y otras dádivas, que su generosidad les dictaba. Y para la diaria subsistencia, enviaba carne, pescado, queso, mantequilla y hasta botellas del mezcal que con abundancia producían.<sup>213</sup>

<sup>209</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 86.

<sup>210</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 147.

<sup>211</sup> Decorme, *op. cit.*, II, p. 404. *Establecimiento*, f. 86-92v. Clavijero, *op. cit.* pp. 97-101.

<sup>212</sup> *Establecimiento*, f. 109v y 142v-148. Piccolo, *op. cit.*, pp. 10 y 392.

<sup>213</sup> Bolton, *op. cit.*, pp. 135-172.

Para la expedición que organizó Salvatierra a fin de unir a California con Sonora y Sinaloa por tierra, las misiones de la Pimería enviaron numeroso ganado y, después, cuarenta cargas de harina, bizcochos y carne, quedando prevenidas tres mil quinientas reses.<sup>214</sup> Hasta la defensa de California se hizo depender de un pedrero llevado de Sonora en 1697, el cual, por lo demás, guardaba tan pésimo estado que la primera vez que se trató de darle fuego, reventó con enorme estrépito.<sup>215</sup>

Kino había supuesto que en dos o tres años bajarían los precios en la California.<sup>216</sup> Pero hubo que esperar largo tiempo a que esta pudiera subvenir a sus necesidades. Algunas de sus haciendas decayeron, las más de las embarcaciones se perdieron en aquel mar enemigo<sup>217</sup> y la tierra se resistía a ser fecundada. Hubo, pues, una necesidad permanente de introducir cada año muchas cargas de granos, legumbres secas, semillas, ganado, manteca y carne.<sup>218</sup>

### *El hombre, el mejor socorro*

Las misiones de Sonora y Sinaloa dieron preciados frutos en el ejercicio de las cuatro virtudes cardinales de justicia, prudencia, fortaleza y templanza.<sup>219</sup>

En las misiones de Sinaloa se clarificó, afinó y adquirió vigor la excelencia humana. De ellas obtuvo la Compañía de Loyola a los más acertados provinciales de la Nueva España, a la mayoría de los rectores de los colegios y a muchos de los maestros de cátedras y de los procuradores generales.<sup>220</sup>

A gran necesidad, gran empresa, y gran autoridad también. Toda la provincia mexicana de los jesuitas se sentía responsable de la

<sup>214</sup> Alegre, *op. cit.*, III, p. 123.

<sup>215</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 138.

<sup>216</sup> Kino, *op. cit.*, pp. 197 y 198.

<sup>217</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 142.

<sup>218</sup> Baegert, *op. cit.*, p. 156. Bayle, *op. cit.*, p. 187.

<sup>219</sup> Pérez de Ribas aseguraba enfáticamente que las misiones de Sonora y Sinaloa tenían el firme empeño de ganar para Cristo a las naciones gentiles de California. *op. cit.* (II, p. 242).

<sup>220</sup> *Itinerario*, f. 366.

conquista espiritual de Baja California.<sup>221</sup> Los provinciales de la compañía de Jesús estuvieron prestos a atender a la grande empresa de la California, particularmente cuando las desgracias requerían de activa caridad. El padre Salvatierra acendró y dio esplendor a su mayor autoridad, cuando ejerció el provincialato, añadiéndole el adorno de la humildad: no se desdeñó, sino que se exaltó en practicar el oficio mínimo de catequista en California.<sup>222</sup> Piccolo, con el calor de su temperamento meridional, ansiaba y trabajaba para que California fuera una tierra pródiga en sabrosos frutos y que esa su visión mediterránea se realizara bajo el signo del más puro cristianismo. Por ello aprovechó su influencia y poder de visitador, como lo hicieron otros visitadores de las misiones de Sonora y Sinaloa, para que éstas cuidaran amorosamente de “la hermana pequeña”.<sup>223</sup>

Ya se hizo notar que las misiones constituían una unidad económica, política y social cuyo aglutinante era el propósito especial de la realización de la vida cristiana; en otros términos: la caridad. A esa unidad caritativa pertenecían todos sus integrantes: misioneros, neófitos y hasta los colonos. Por tanto, todos participaban en las grandes metas. Fueron misioneros de Sinaloa los primeros en alistarse en la expedición de Otondo el año de 1683;<sup>224</sup> los que permanecieron en la contracosta aceptaron el cargo tácito de procuradores y agentes que, primero Salvatierra y luego todos los jesuitas de California, les habían delegado. Los indios abrazaron con recio amor su parte en la tarea y aun se excedieron en su cumplimiento. Y, con su peculiar energía, los colonos buenos cooperaron a mantener viva la posibilidad del éxito de la empresa. “...todos [relata Alegre] deseaban tener alguna parte en la fundación de la nueva cristiandad de California”.<sup>225</sup>

Magnánimo y suave fue el consuelo que las misiones del Yaqui ofrecieron con amplio espíritu a los restos de la fracasada expedición de Otondo: se curaron heridas, se remediaron enfermedades, se

<sup>221</sup> Piccolo, *op. cit.*, p. 21.

<sup>222</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 120.

<sup>223</sup> Kino, *op. cit.*, p. 86.

<sup>224</sup> Alegre, *op. cit.*, II, p. 42.

<sup>225</sup> Alegre, *op. cit.*, III, p. 123.

enterró a los que allí en Sinaloa fallecieron y se dio alivio al desconuelo de todos.<sup>226</sup> No fueron, conviene hacer hincapié en ello, solo los misioneros quienes tal ejecutaron, sino la misión entera como unidad cristiana.

Buen trato y ánimo contento observaron los californios en los indios de las misiones de Zuaque, Yaqui y Petatlán. Hábilmente, los jesuitas mandaban indios de la península a las misiones de los litorales de la Nueva España, donde los misioneros los hacían objeto de muchos agasajos. Orden y limpieza, frutos de fertilidad y magnífico concierto humano eran el ejemplo que los indios del continente ofrecían a los peninsulares.<sup>227</sup> Y este debió ser el mejor acicate para que los californios aceptasen con buena disposición la propuesta de los misioneros para agruparse en pueblos.<sup>228</sup> Aptos para la labranza y bien asentados ya en las costumbres de población, los *yaquis* podían convertirse en excelentes modelos para los californios. Por eso, el padre Kino sugería que se enviasen a la península ocho familias *yaquis* que serían otros tantos granos de mostaza para la labor cristianizadora.<sup>229</sup>

Los *yaquis* siempre mostraron una firme inclinación a las labores comunes, aun tratándose de desconocidos. En 1697, la galeota enviada por Salvatierra en busca de provisiones quedó varada frente al Yaqui. El misionero padre Diego de Marquina, con máxima humildad y aun arrodillándose, pidió a sus neófitos que ayudasen a volverla al mar. Las instancias, hechas en nombre de María Santísima, no fueron desoídas por la nación *yaqui* y la galeota quedó nuevamente en aptitud de navegar.<sup>230</sup> Y frecuentemente, los *yaquis* proporcionaron arrieros a la antigua California.<sup>231</sup>

<sup>226</sup> Bayle, *op. cit.*, pp. 120-125.

<sup>227</sup> *Establecimientos*, f. 42 y 63.

<sup>228</sup> El testimonio de un californio que pasó al Yaqui expresaba con vivísimos colores: "... la bienandanza de las reducciones, riqueza de las haciendas, buen trato de los indios, solemnidad del culto y cariño con que lo agasajaron los misioneros de allá." Bayle, *op. cit.*, p. 116.

<sup>229</sup> Bolton, *op. cit.*, p. 225.

<sup>230</sup> *Copia de cuatro cartas del padre Juan María de Salvatierra de la Compañía de Jesús*. AGN. Historia 34 (2), p. 107.

<sup>231</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 138.

El padre Ugarte, en 1706, solicitó la compañía de 40 indios guerreros para hacer una entrada en la mar del sur. El capitán de los *yaquis*, no se contentó con acceder al ruego, sino que se embarcó también.<sup>232</sup>

La labor civilizadora de las misiones tuvo comprensión en la mentalidad *yaqui*. Al provocarse la rebelión de los *guaycuras* y *pericúes* (movimiento que se originó por la supresión de la poligamia), los indios *yaquis* acudieron al llamamiento represivo del padre Bravo, misionero de California, en un número muy superior al solicitado. El padre pedía 60 indios y algunos soldados, y se presentaron 500 de los primeros, armados a su modo y dispuestos a embarcarse hacia la península. Se escogieron únicamente a los 60 solicitados, y el resto cedió sus flechas y arcos para que se armasen los californios fieles. Su belicosidad no tuvo ocasión de desarrollarse, puesto que al llegar a California la rebelión casi se había extinguido.<sup>233</sup>

Otros indios *yaquis*, encabezados por Buenaventura Ahome, hábil en el arte de marear, dio un ejemplo más de colaboración con los misioneros. El padre Link escogió en 1762 algunos jóvenes de las misiones sinaloenses para que adquiriesen destreza en la marinería y pudiesen llevar socorros a la recién fundada misión de San Francisco de Borja, en California, que carecía, como era costumbre, de recursos propios para subsistir. Ahome tuvo capacidad para conducir la embarcación, estableciendo un tránsito marítimo de auxilio hasta que San Francisco de Borja pudo bastarse.<sup>234</sup>

Finalmente, debe recordarse que treinta mil *pimas* de los reducidos por Kino permitían el paso por tierra a California y combatían a las naciones enemigas.<sup>235</sup>

<sup>232</sup> Venegas, *op. cit.*, II, p. 129.

<sup>233</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 186-188.

<sup>234</sup> Clavijero, *op. cit.*, pp. 216 y 232.

<sup>235</sup> Kino, *op. cit.*, pp. 6 y 69.

*El pozo sin fondo*

En lenguaje familiar, California fue el pozo sin fondo en que durante siete décadas los jesuitas vaciaron recursos magníficos, pero siempre insuficientes.

Geográficamente, Sinaloa y Sonora eran los peldaños en la trabajosa ascensión de dar cristianismo a California, tierra carente de organización económica y social antes de su evangelización.

Hacer de California, conforme a la visión mediterránea de sus primeros misioneros, una tierra de abundantes óleos, trigos, frutas, vinos y ganados, era una labor agobiadora y costosa.

Las misiones de Sonora y Sinaloa se empeñaron, y con empeño generoso, en que California fuese así, y para ello mostraron sus manos colmadas de recursos. Lo hicieron con tanta vastedad que hubiera podido creerse que eran increíblemente opulentas. La verdad es que Sonora era próspera y bien poblada, o, según realista frase de Venegas, la provincia más rica y más pobre al mismo tiempo: fértil en todos los frutos de la tierra y abundante en minas, pero falta de fábricas, de artes y oficios y de habitantes industriosos y trabajadores,<sup>236</sup> que fueron, en parte, causa de un empobrecimiento lento, pero

creciente.<sup>237</sup> Las misiones de Sinaloa no disfrutaban de iguales recursos, y aun algunas de ellas mantenían una economía precaria.<sup>238</sup>

Tanto las unas como las otras sufrieron de apremios en varias ocasiones y expresaron indicios de la decadencia que se acentuó a mediados del siglo XVIII por diversas causas, como ya se hizo notar. En 1701, el obispo de Guadalajara hacia la ominosa afirmación de que las haciendas de las misiones de Sonora ya eran muy moderadas y que las que se mantenían acomodadas sufrían la carga de las pobres.<sup>239</sup> No padeció por ello la California. Así, cuando en 1707, por faltas de lluvias hubo escasez de granos en toda la Nueva España,

<sup>236</sup> Alegre, *op. cit.*, II, p. 209.

<sup>237</sup> *Ibid.*, II pp. 58-60.

<sup>238</sup> Fernando Ocaranza, *Parva Crónica de la Sierra Madre y las Pimerías*. México, Editorial Stylo, 1942, p. 80.

<sup>239</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 109.

especialmente en las misiones jesuitas del noroeste, gracias a la previsión del padre Ugarte y a la decidida costumbre de ayudar antes que nada a la península, ésta no tuvo sufrimientos, en tanto que en las misiones de Sonora y Sinaloa se ensañaba el apocalíptico caballo del hambre.<sup>240</sup>

### *Los frutos definitivos*

A pesar de tantos escollos, ningún esfuerzo se malogró. Los frutos comenzaron a recogerse recién sembrada la simiente. A los tres años de la entrada de Salvatierra en la península, ya se había construido la iglesia de Loreto y fundado cuatro poblaciones que se extendían por más de 50 leguas. Al quinto año, se habían erigido cuatro misiones compuestas de veintiocho pueblos<sup>241</sup> y, al final de la administración jesuita, quince misiones.

Ya en 1702 el fiscal de México informaba al rey que la obra que Salvatierra y Piccolo habían realizado en la California con las escasas limosnas que para este fin habían solicitado "...tiene admirada a toda la Nueva España."<sup>242</sup>

En 70 años llegó a civilizarse a casi toda la península. Excepto algunos *pericúes* mal aconsejados, los californios observaban una vida "piadosa, inocente y laboriosa"<sup>243</sup> y, desde mediados del siglo XVIII, a tal grado florecieron las misiones jesuitas de California en lo espiritual, político y económico, que fueron consideradas ejemplo para todo el resto de las Indias.<sup>244</sup>

<sup>240</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 107.

<sup>241</sup> Piccolo, *op. cit.*, p. 286.

<sup>242</sup> *Ibi.*, p. 88.

<sup>243</sup> Clavijero, *op. cit.*, p. 241.

<sup>244</sup> Bayle, *op. cit.*, p. 161.

## OBRAS CONSULTADAS

## IMPRESOS

- Alegre, S. J., P. Francisco Javier, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*. México, Imp. de J. M. Lara, 1841. 3 vols.
- Baegert, S. J., P. Juan Jacobo, *Noticias de la Península Americana de California*. México, antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1942.
- Bayle, S. J., P. Constantino, *Historia de los descubrimientos y colonización de los PP. de la Compañía de Jesús en la Baja California*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1933.
- Bolton, Hebert Eugene, *Rim of Christendom*. New York, 1936.
- Clavijero, S. J., P. Francisco Javier, *Historia de la Antigua o Baja California*. México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1933.
- Chevalier, François, *Instrucciones a los hermanos jesuitas administradores de haciendas de campo*. (Manuscrito mexicano del siglo XVIII.) México, Instituto de Historia de la UNAM, 1950.
- , "La formación de los grandes latifundios en México". *Problemas agrícolas e industriales de México*. México, vol. III, núm. 1, 1956.
- Decorme, S. J., P. Gerard, *La obra de los jesuitas mexicanos durante la Época Colonial. 1572-1767*. 2 vols. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1941.
- Kino, S. J., P. Francisco Eusebio, *Favores celestiales de Jesús y de Maria Santísima y del Gloriosísimo Apóstol de las Indias Francisco Javier*. Publicaciones del Archivo General de la Nación. México, Editorial Cultura, 1913-1922.
- Las perlas de la Baja California*. México, Edit. Vargas Rea, 1959.
- Obregón, Baltasar de, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España. 1584*. México, Depto. Editorial de la Secretaría de Educación Pública, 1924.
- Ocaranza, Fernando, *Parva Crónica de la Sierra Madre y las Pimerías*. México, D. F., Editorial Stylo, 1942.
- Pérez de Ribas, S. J., P. Andrés, *Historia de los triunfos de Nuestra Santa fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*. 3 vols. México, Editorial Layac, 1944.

- Piccolo, S. J., P. Francisco Maria, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California y otros documentos*. Edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus S.J. Madrid, ediciones José Porrúa Turanzas, 19G2.
- Relación breve de la venida de los de la Compañía de Jesús a la Nueva España. Año de 1602*. Prólogo, notas y adiciones de Francisco González de Cossío. México, imprenta Universitaria, 194a.
- Venegas, S. J., P. Miguel, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*. Madrid, Imprenta de la viuda de Manuel Fernández y del Supremo Consejo de la Inquisición, 1943. 3 vols.

#### MANUSCRITOS

1602. Cuaderno 2 del Descubrimiento y Conquista de Sinaloa. AGN. Misiones 25.
1657. Apologético defensorio y puntual manifiesto que los Padres de la Compañía de Jesús, misioneros de las provincias de Sinaloa y Sonora ofrecen por noviembre de este año 1657 al Rectísimo Tribunal y Senado justísimo, de la razón, de la equidad y de la justicia contra las antiguas, presentes y futuras calumnias que los ha forjado la envidia, les fabrica la malevolencia y cada día les está maquinando la iniquidad. AGN. Historia 316 (11).
1666. Diligencias promovidas en San Juan Bautista de Sonora ante el general don Pedro Francisco Sasollón, alcalde mayor y capitán a guerra de dicha Provincia, por el Padre Marras. AGN. Historia 316 (17).
1697. Copia de cuatro cartas del Padre Juan Maria de Salvatierra de la Compañía de Jesús. AGN. Historia 34 (2).
1702. Itinerario, diario del descubrimiento que hicieron los RR. PP. Eusebio Francisco Kino, y Marcos Antonio Kappus, jesuitas, y el alférez Juan Mateo Mange, teniente de alcalde mayor y capitán a guerra de nación pima, hacia el poniente. AGN. Historia 17 (27).
1742. Carta de don Agustín de Vildosola al Reverendísimo Padre Provincial Mateo Ansaldo. Septiembre 6 de... AGN. Historia 17 (1).
1752. Consulta del Padre Keler al Virrey sobre el alzamiento de la Pimería. 25 de agosto de... AGN. Historia 17 (3).
1752. Informe a Su Excelencia por el Padre Miguel Quijano. AGN. Historia 17 (4).
1762. Carta del Padre Juan Lorenzo Salgado al teniente coronel gobernador y capitán don Juan Claudio de Pineda. 27 de octubre de ....AGN. Historia 17 (11).

1764. Carta del P. Juan Lorenzo Salgado al señor teniente coronel don Juan de Pineda. Marzo 20 de... AGN. Historia 17 (12).
1764. Carta del P. Juan Lorenzo Salgado al señor teniente coronel don Juan Pineda. AGN. Historia 17 (14).
- 1765 Carta del Bachiller Pedro Gabriel de Aragón al señor gobernador y capitán general. Septiembre 6 de... AGN. Historia 17 (20).
- 1780 (?) Resumen de noticias [sobre la Provincia de Sonora]. AGN. Historia 17 (26).
1790. Memorias para la historia natural de California, escritas por un religioso de la Provincia del Santo Evangelio de México. AGN. Historia 21 (2).
1791. Establecimiento y progresos de las misiones de la Antigua California dispuestos por un religioso de la Provincia del Santo Evangelio de México. AGN. Historia 21 (1).

#### ABREVIATURAS

AGN. Archivo General de la Nación de México

Depto. Departamento

Dn. don

f. folio

Ibid. Ibidem

Imp. Imprenta

op. cit. obra citada

p. página

pp. páginas

P. Padre

PP. Padres

RR. Reverendos

S. J. Compañía de Jesús

Sr. Señor

ss. siguientes

v. vuelta

vols. volúmenes